3 1761 08695630 7

CAMINO ADELANTE

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/caminoadelanteno00camb

LS
C174c

FRANCISCO DE CAMBA

CAMINO ADELANTE

NOVELA

282524
2
33
8

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2
1905

Imprenta «COSMÓPOLIS», Ceres, 30.—MADRID.

DEDICATORIA

Al Sr. D. Julio Burell en testimonio de admiración y gratitud.

Francisco de Camba.

PROEMIO

Conozco bien estas mis páginas y en verdad os digo que son sinceras: era eso lo que yo sentía cuando las escribí, y es así como lo he sentido.

Y puesto que el escritor no acaba en la sola obra conocida, á los que nada vean en ellas les mando esperar. A los otros les ruego que recojan, únicamente, su valor como promesa. Y he de haceros saber que esto no me lo dicta un sentimiento de arrogancia, pero tampoco es humildad.

Señalarán, algunos, en mis páginas falsedades é influencias. Los primeros habrán de equivocarse, porque no puede llegar á artificioso lo que comienza por ser sincero. De lo segundo quizá no haya po-

dido huir en este libro, que se escribió lejos de los centros intelectuales, en una aldea de Galicia casi todo él, y á solas con los libros de otros hombres.

Temo solamente á la mala intención y á la frivolidad de ciertas almas. Por eso ruego que os fijéis en cuanto indique semejanza y sea tan sólo hablar de un país ya descrito muchas y muchas veces; pues no todos, en el arte y en la vida, han alcanzado la suerte de esos navegantes que pudieron llegar á tierras desconocidas aún.

Digoos, además, que en este mi libro veréis hablar de una extraña manera á las gentes del campo: manera de que ya otros escritores se sirvieron y ha parecido falsa y violenta. Así es, lo reconozco; pero tales dictados no pueden dejar de aplicarse, en justicia, á cuanto, en lenguaje distinto, remede el lenguaje de un país.

Cuando se hace hablar en castellano á gentes de las regiones donde por idioma

común se usa otro, es ley de arte conservar la nota que caracteriza á esa lengua. Y si me concreto á Galicia, habéis de saber cómo los escritores de aquel país, cuando escribieron en lengua castellana, para dar carácter al modo de hablar de la gente campesina, mezclaban palabras marcadamente gallegas en un idioma castizo. Pero yo creo mejor—y esto confieso que lo aprendí—dejar á la lengua popular todos sus giros, su sintaxis propia, y escribir sin emplear palabra alguna de otra lengua, cuando la tal palabra no trae un gran valor eufónico y la expresión de un cierto matiz del pensar humano.

El lenguaje gallego, por este modo vertido, tiene marcadísimo sabor arcaico y de ahí, sin duda, el juzgarle artificioso. Pero bueno es recordar que ese idioma detuvo su evolución en el siglo XV, sin adelantar ni retroceder nada desde entonces.

Aun he de deciros como la historia que os cuento, es una historia cierta. Sabed, ademas, que ha sucedido en tiempos de hoy y en tierras de Galicia.

Y puesto que ya ningún otro punto es necesario aclarar, terminaré añadiendo que de todas veras deseo para vosotros, lectores, y para mí, una vida muy larga en una muy regalada vida.

Francisco de Camba.

CAMINO ADELANTE

I

Con los cabellos luengos, con el mirar errabundo y la cítara de los trovadores á la espalda, aquel mozo, mozo de cortos años y presencia bien gentil, aunque iba ataviado á usanza de estos tiempos, parecía un hijo de las edades caballerescas.

El sol caía implacable, y sus rayos, sobre las carnes desnudas, eran como sutiles agujas de oro candente. Desde allí no se alcanzaba á ver la silueta de ningún caserío; tan sólo, á grandes distancias, erguíanse unos árboles desmedrados y como enfermos, que no daban sombra.

Ni un arroyo, ni el más delgado hilo de agua corría por aquel paraje yermo y desolado, donde el aire quemaba, y por donde únicamente se atrevían á cruzar los lagartos, ansiosos de sol, luciendo, al abrir sus bocas, la blancura nívea de los dientes sobre el vivo carmín de las fauces.

El aire era encalmado, sin brisas y sin murmullos; la fiebre del suelo retostaba los pies del caminante; y sólo de vez en vez débiles rumores de esquilas y de canciones venían á diluirse en el silencio.

Siempre que la montaña se desgarraba enseñando otros horizontes deteníase el joven aquel para escudriñar entera la extensión. Lo hacía con ansia, y sus miradas entonces eran como el fulgor de dos estrellas azules; pero aquel fulgor se apagaba al momento, viendo que, como hasta allí, sólo en crestas ciclópeas morían las lontananzas. Sólo lomas desiertas, peladas, grises, sin árboles ni sombras era

siempre la porción de terruño que ante los ojos febriles se extendía y á cada nuevo alto el rostro ya sombrío se anublaba más y más.

Anduvo así el mozo largo rato, siempre en silencio. Y cuando logró detener su planta en un valle las luces del sol agonizaban ya, dorando únicamente las más altas cumbres. Paróse otra vez y sus ojos descubrieron hacia el fondo, entre dos montañas, la mancha gris de un caserío humilde; una silueta de indecisos contornos que la distancia desvanecía, idealizándola hasta darle semejanzas con un bandal de palomas que la fatiga detuvo á descansar. No debió advertir el mozo cuan lejos se hallaba de la aldea, pues su faz iluminóse con destellos de una alegría grande.

Y cual si aquella visión le hubiese dado nuevos bríos, aceleró su marcha, hasta entonces, lenta.

II

Iba ya por un hondo camino, donde esas hierbas que sólo crían los lugares húmedos se elevaban á cientos, entre inseguros pasales. Oíase continuamente el susurrar monótono de un río, y sobre el terreno, alfombrado de briznas y de hierbas, apagábase el rumor de las pisadas, alzando un murmullo semejante al de la lluvia que va á caer en los sembrados.

Al doblar un nudo del camino vió, no lejos de allí, una moza de corta edad que venía hacia él por la misma senda. Cuando pasaba por su lado, exclamó:

—Un mesón, nena. ¿Sabrás donde lo hallaré?

—¿Un mesón? En llegando á Hermunde.

—¿Hermunde es aquella aldea de tan lejos?

—Aquella de tan lejos, aquella.

—¡Gracias, muchas gracias!

Y otra vez en silencio, siguió andando, andando siempre. Y ya otra visión alegraba de nuevo sus miradas. Sobre una loma distinguió la mancha de un caserío hasta aquel momento oculto entre la umbría de largo castañar; y llevado de un afán secreto retrocedió para interrogar otra vez á la moza del camino.

Como no se había desviado mucho la vió cerca de allí, sobre el fondo verde de una pradera, ocupada en reunir el rebaño que pastaba disperso. Al juzgar que podía oirle, la llamó esforzándose, con voz que en el silencio de la tarde adquiría resonancias broncas:

—¡Ey, nena!... ¡Ey!...

Ella contestó con un grito largo y ca-

dencioso; y chocleando sus almadreñas sobre la tierra húmeda vino corriendo hasta encararse con el caminante, mientras su voz, llevada en las alas del eco, tenía dulces resonancias contra los peñascales de la trocha, extendida más allá, á lo largo del río...

Cuando la niña llegó cerca, el aventurero exclamó, señalando al bosque donde el caserío permanecía oculto:

—¿Cómo no me hablaste de la casa esa?..

—Porque tú sólo has querido saber de un mesón. Mesón, hasta Hermunde, no hay.

—¿Quién vive en la casa?

—Sus dueños; los señores.

Siguió después una pausa breve. La niña, inmóvil en mitad de la pradera, con el rebaño más allá y sobre las rodillas los penachos florecidos de la hierba, recordaba esas zagalas de los viejos cuentos pastoriles.

—¿No has oído de la casa de Lousada?

—Sí, moza, he oído. Los señores de esa casa viven mucho en tierras de lejos, ¿no? ¿Qué son esos señores?

La niña le miró un momento, como meditando, y después repuso:

—¡Toma! ¡Qué han de ser! ¡Son señores!

El mozo reanudó su marcha. Al paso constante del viento, la vereda llenábase de gratos aromas campesinos. Entre la espesura goteaba una fuente, uniendo su voz melancólica al saudoso murmullo de los árboles que mecía la brisa del anochecer. El caserío surgió de nuevo. Era una mole de sillares cubiertos de musgo y aleros donde las hierbas crecían: ruinoso montón de piedras venerables que, asomando tras larga fila de cipreses, daban al paraje un tono sombrío, de grande austeridad. Sobre la portalada veíase un escudo, cruelmente desgastado por la implacable acción de las lluvias...

El aventurero llegaba ya á Lousada, yendo hacia el caserío con mucha alegría. Por el hueco de los miradores cruzó, un momento, una sombra bella, que se detuvo mirando al camino... No ladraban ahora los perros, y esos vagos rumores de la Naturaleza á la hora del anochecer agrandábanse en la soledad de campo. El mozo se dispuso á pulsar su cítara.

III

Bajo la luz del atardecer, erguido el busto, con los ojos entornados y las greñas caídas sobre el hombro, dió al aire las primeras notas de una música doliente.

Poco después la hermosa dama que, hacía algunos momentos, cruzara trás el hueco de los miradores, vino con andar silencioso hasta la solana, donde se quedó escuchando. Al verla, el mozo acalló el gemir del acorde, descubriéndose. La dama, de una manera levemente autoritaria, le mandó seguir y el mozo, entonces, arriesgó una súplica;

—¿Me da licencia para cantar?

—¡Ah! ¿También cantas?

—También, señora.

Le autorizó con un gesto.

El inició la estancia primera de una canción dolorosa y arcaica. Había dejado su chambergo sobre unas piedras y su voz, como hecha solamente para decir amores, cantaba en el idioma dulce y antiguo de la montaña. Hablaba la canción de lágrimas y de penas, y era tan sincero el acento del mozo como si ritmase pesares sentidos. La cítara le acompañaba modulando aires divinamente hermosos.

Y aquella música de ensueño, constantemente velada por un tono gris, como si aletease un alma en la cavidad del acorde, matizábase á veces con coloraciones distintas, acusadas, hasta inflamarse en una verdadera orgía de sones alucinantes, como una creación de delirio...

Adelantó, al terminar, hacia la solana.

Débil aún oíase el susurro del agua que caía en un hilo entre la espesura.

—Cantas bien, muy bien. Esa balada me ha conmovido...

—Siempre llega á las almas lo que del alma sale...

—Pues muy joven me pareces para sentir tristezas tan hondas.

—Quizá las sienta así por serlo nada más. Las almas viejas no albergan cierto linaje de sentires...

La dama sonrió levemente, preguntando después al mozo si sabía más canciones.

—Sé, entre otras cosas, una cántega que cantaba cierto pastor de mi aldea, al volver por las noches con el rebaño. Pasaba siempre ante mi puerta, y yo le oía, y he aprendido su canción...

Y mirando á la dama, cantó:

—Chamaran quedo, quediño,
quediño, quedo, n'a casa...

Chamaran quediño, quedo,
quedo, quediño, chamaran...
En dixen: ser' á ilusión,
será á ilusión que baixa
para encender teus olliños
c'os lumieiros d'a esperanza...
—Poida ser, díxome rindo...
Y os ollos y á voz soñaban...
Volvían á chamar quedo,
quedo, quediño, n'a casa...
¿Quién será?... ¿Será ó amore?...
Eu desfacíame en bágoas...
Poida ser, suspirou ela,
e d'amor á voz tremaba...
Chamaron quedo, quediño,
quediño, quedo, n'a casa...
¿Será á morte?—dixeu ronco...
Y ela non me dixo nada...
E quedóuseme á probiña
quediña, queda, calada,
c'as mauciñas com'a cera,
e c'as meixelas moy pálidas,

y os ollos esmorecidos
como si soilo aguardara
ver chegar quediño, quedo,
algunha sombra esperada...
Chamaban quedo, quediño,
quediño, quedo, n'a casa...

—¿Y dices que era un pastor quien cantaba eso?

—De un pastor lo aprendí, sí señora. Pero aquel hombre había sido rico, y luego fué pobre y pastor de ganados por cumplir cierto voto que había hecho en trance de muerte una persona muy suya...

Siguióse un momento de silencio. Dominando el rumor del agua se oyó un largo resonar de esquilas, y poco después, bajo la sombra augusta de los castaños, veíase á la joven del camino entre la mancha de sus reses. El aventurero volvióse para saludarla y ella clavó sus ojos en el polvo, mientras sus labios se entreabrían con expresión alegre.

—¿Os conocéis?—interrogó la dama.

—De haberme dicho esta moza dónde podría hallar un mesón. Díjome que en Hermunde.

—¡Hermunde está muy lejos! ¿Pensabas dormir allí?

—Pensaba, señora...

Vaciló un instante, y al ver que la dama sonreía, lleno de confianza, añadió:

—Pensaba, señora; pero si mi presencia no incomodase demandaría asilo en Lousada.

—Sí, mozo: las puertas de esta casa jamás se cierran á los caminantes...

Habíase hecho ya muy obscuro, y dirigiendose á la pastora del ganado, añadió:

—Ve á buscar un farol, Aura, y guía á ese hombre...

—Muchas gracias. No me asustan los caminos, ni siquiera de noche. Pero mire: hame fatigado grandemente la larga jornada de este día...

La dama desapareció, cerrando las vidrieras, cuyos cristales recogieron al girar alguna errante hebra de luz para difundir cierta vaga claridad entre las sombras.

IV

Desde fuera el viejo caserón había parecido al mozo dominado por ese silencio austero de las celdas conventuales; pero ahora aleteaba en sus estancias algo así como un viento de alegría. Detuviérase en la cocina á sacudirse el polvo, y desde allí oía el eco gallardo de un argentino reir, entrelazado con el murmullo de aquella fuente oculta en la umbría del bosque. Los dos rumores vibraban ondeantes y trémulos, y luego iba á deshacerse el de las risas, quedando, sola, la voz del agua.

De pronto el mozo volvióse hacia el más obscuro rincón, donde dormitaba una mujer anciana cuya presencia acababa de advertirle el brillo de sus guedejas, encendidas por el resplandor de la lumbre. La despertó meciéndola suavemente de un hombro.

—Parece que hay grande alegría en la casa...

—Abofé como sí. De donde está mi ama luego huyen los pesares.

—¿Es buena, verdad?

—¡Es mismamente un ángel del Señor!

—Pues Dios quiera que la alegría no le falte nunca.

—Dios lo quiera, hombre.

Las nieblas del sueño velaban todavía la voz de la anciana, dándole entonaciones de dulce incoherencia. Sobre un montón de heno dormía el gato, extendiendo ese rumor semejante al eco piadoso de una voz ronca que va goteando preces. En el ho-

gar chisporroteaban un puñado de sarmientos, y su luz inquieta tan luego arrebolaba los semblantes como hundía la estancia en sombra.

—¿Hay mucha gente en la casa?

—Pues amén de los señores, otros dos que llegaron antier: una señora moza con un caballero ya de edad.

—¿Son parientes de los de aquí?

—Quizá, hijo; pero de cierto no lo sé.

—¿Cómo se llama, de nombre, la señora?

—La de Lousada, llámase doña Carmela. La otra, doña Blanca.

Aura asomó en el umbral, diciendo al aventurero:

—Te llama la señora.

Irguióse con presteza y fué hacia la zagala, que á través de corredores obscuros y largos, le condujo á un salón. Mientras cruzaba por aquellos corredores, sintió el alma llena de honda timidez y cuando llegó al fondo detúvose como para cobrar alien-

to. Después, alzando una de las cortinas, solicitó de los señores su venia para entrar.

Adelantó lentamente, deteniéndose á poco en mitad de la cámara. Antes había hablado sin cobardía; pero al ver á la dama de Lousada, sentada como una reina sobre un alto canapé y con otra bella dama á su lado, sintió el ánimo lleno de respetuoso temor.

Mirándole indeciso las dos mujeres sonrieron, y él, animado por tan gentil acogida, caminó resuelto hacia el fondo, quedándose luego mudo é inmóvil.

—Estos señores—dijo Carmela—hallábanse en el jardín cuando llegaste. Por ello no te han oido tañer ni cantar. ¿Podrías repetir la balada?

Sonreía con s nrisa evocadora de visiones celestiales mirando al aventurero que, poco á poco, recobraba el dominio de sí mismo. A la luz de las bujías, el rostro de

la dama sombreábase levemente, adquiriendo la mate lividez del nardo.

—Sólo deseo complacer á la señora. Iré á buscar mi cítara.

La dama le mandó quedarse, ordenando á una de sus sirvientas el traerla; y en tanto aguardaban, le hizo algunas preguntas:

—¿Cómo te llamas?

—Amaro.

—¿Eres de muy lejos, verdad?

—De muy lejos, sí señora.

—¿Vas por el mundo á ganarte la vida

—No es ese el motivo. Quizá pudiera ganármela mejor sin salir de mi aldea.

—¿Entonces?...

El no respondió, quedándose mirando á la dama cuyos ojos parecían llenos de curiosidad. Tenían una hermosura cortante, casi tétrica, y por veces daban frío sus miradas. Brillaba en el fondo de aquellos ojos un resplandor malsano: eran unos ojos perturbadores.

Habían traído ya la cítara, y en medio de un gran silencio, el mozo comenzó á tañer. Comenzó en un murmullo débil y largo, de cadencias dulces, como el rumor del agua en los estanques cuando la brisa pasa estremeciéndola; murmullo que luego se encendió en una gran llamarada de sones viriles.

Las damas le oían envueltas en la penumbra. Aquella música, algunas veces langnidecía para imitar ecos de arrullos: algunas veces desgranábase en un aluvión de sones argénteos, como ese rumor de los árboles sacudidos después de la lluvia ó vibraba en una sola nota que se repetía, semejando un contínuo caer de perlas sobre cristal. Pero, como si al amortiguarse hubiese adquirido energías nuevas, después continuaba en un verdadero incendio de sones delirantes...

Al oirle, los negros ojos de Carmela, allá en la penumbra del fondo, lucían con un

brillo extraño; con esa misteriosa vaguedad de las noches obscuras cuyas tinieblas rasga amenudo el fulgor casi invisible de alguna estrella muy lejana.

V

Sólo, al pie del río, con los codos en las rodillas y la cabeza descansando en las dos manos, el bohemio recordaba ahora los días de su constante ir sobre los caminos. Casi todos aquellos días eran tristes en el recuerdo...

Al evocar los tiempos anteriores veíase el mozo caminando en jornadas incesantes por veredas húmedas ó por veredas llenas de polvo. Y se veía llegar á las granjas y á los caseríos, con hambre las más de las veces, con sed, con los pies desgarrados en la andanza dolorosa y luenga.

Las gentes dadivosas solían ofrecerle algunos mendrugos del pan que se hace con salvado de la primer cernida: un pan negro siempre y siempre duro. Cuando hallaba albergue solía ser en las cuadras ó en los establos. Y ahora veía bien aquellos lugares; los veía débilmente alumbrados por la luz de la luna, que entraba filtrándose á través de los resquicios... Veía, tras la empalizada de ruda tracería, á las vacas mansas y humildes, de testuz húmedo, lleno de briznas, cuyos ojos suplicantes parecían compadecerle, y acariciados por los fulgores del luar brillaban con dos estrellas rojizas en el fondo.

Había andado muchas tierras mientras duró el invierno, que fué hosco y huraño, bebiendo, al caminar, el agua de las charcas, agua de nieve, y comiendo amenudo un pan negro y escaso en las chozas de la montaña. El mozo, sin embargo, amaba aquella vida triste é incierta, y allá, en el

fondo de su alma, veía siempre una luz gloriosa, luz para él como aquella otra de la leyenda bíblica que señalaba el camino de los pastores.

Los guardianes de las eras ladrábanle con furia desde los vallados; en los caseríos encontraba casi siempre cerradas las puertas, y los perros, sucios, famélicos, salían á veces, ahuyentándole... Y él seguía, seguía siempre, alegre en el fondo con aquel vivir errante, enamorado de su independencia, ritmando canciones al son de su cítara ante las casas de los ricos, á veces, y sólo en medio del monte, las más.

El verano vino á hacer su peregrinación más llevadera. Solían ya llamarle para tocar en las fiestas; y allí, el conversar ingénuo de las lugareñas en las casas aldeanas ó los decires galantes de las damas, en los caserones de la gente rica, hacía correr por su alma una brisa suave, llena de aromas y de frescura.

Más en todos aquellos lugares era tratado con cierta desconsideración. La gente de las aldeas odiaba su vida de vagabundo y él parecía más alegre al verse otra vez caminando, sin norte, por veredas desconocidas, oyendo, al caer de la tarde el canto saudoso de los boyeros y el claro son de las fontanas en los recodos del camino...

VI

En Lousada halló el bohemio por vez primera un bién de paz y de amor. Eran sus gentes pródigas en halagos y por el alma del mozo corrían, en aquel ambiente, ondas perfumadas con sanos aromas de venturanza y de sosiego.

Cumpliase entonces un día desde el momento de su llegada. Las aguas mansas y bondadosas del río mecíanse blandamente, acariciando las hierbas de la ribera. La tarde descendía dorada y muda.

Crugieron de pronto las ramas en el bosque vecino y una sombra de mujer apare-

ció ante los ojos de Amaro. Era Aura. En su cabeza veíase el cántaro, que tenía esa forma gallarda de las ánforas egipcias y de las orejas pendían dos arracadas de plata, meciéndose blandamente sobre la faz obscura y bruñida como un bronce de otros tiempos. Era bella la niña, sin embargo. En sus dientes había la blancura del trigo hecho harina y sus ojos, profundos y grandes, brillaban con un resplandor de bondad. Al ver al mozo sonrió y la faz entera pareció encenderse de alegría.

—¿De donde vienes, Aura.

—Vengo de la fontela que hay ahí, en el prado de Ansar, más allá del bosque. Es la mejor agua y gusta mucho de ella la señora...

Y, tras un corto instante de silencio, añadió.

—Me han dicho que te vas mañana.

—Te han dicho bién. Por mi ya me hubiera alejado hoy de madrugada; pero los

señores quieren llevarme consigo á una casa donde hay fiesta...

—La Torre de Amande será: en casa de doña Blanca...

—La Torre de Amande es. Doña Carmela cree que soy necesario allí para alegrar la soledad de esa casa con músicas y canciones.

—¿Volverás luego por estas tierras?

—No lo sé, moza. Yo no sé nunca á donde voy y gracias que alcance á recordarme de donde vengo...

Algo como una nube de intensa melancolía pareció velar el rostro de la zagala; pero después, como sobreponiéndose á un sentir oculto logró que sus labios riesen y que riesen sus ojos. Caminaban ya los dos hacia el palacio, hablando con cándido platicar de cosas ingénuas. El mozo preguntaba ahora á la niña si hacía mucho tiempo que estaba al servicio de los señores de Lousada.

—Al servicio de los señores, desde que nací: con mi madre, en el molino de las Brañas. En el palacio me encuentro desde hace solamente algunos días, porque murió la rapaza del ganado y yo tuve que hacer sus veces mientras no se recababa otra. Hoy por la mañana vino ya, y dentro de breve rato he de marchar hacia las Brañas.

Calló. Los sones lentos y pausados del esquilón de una iglesia extendíanse ya por el valle, y los dos mozos, al oirlos, se santiguaron, manteniéndose inmóviles en mitad del camino. El bohemio, con la gravedad de un patriarca, musitó una oración humilde y fervorosa. Después la niña, como animada de pronto por un afán intenso, preguntó:

—¿Qué camino llevaréis para Amande?

—De verdad que no lo sé. Yo desconozco estos lugares. Sólo puedo decirte que iremos por Mandiá á ver la feria.

Al oir esto, el semblante de la zagala encendióse con lumbres de alegre llamear.

—¡Entonces pasaréis por las Brañas, por junto al molino!...

Veíanse inmóviles los dos. Semienterrada entre montes aparecía esa luna gris de ciertas tardes y en su disco, que era como de metal borroso, inscribíanse, rudas, las siluetas de la moza y del aventurero. Después principiaron á caminar. Hablaban aún. La noche llegaba ya con su corte de sombras, que al extenderse sobre el paisaje, iban amortiguando colores, borrando líneas, fundiendo matices...

VII

Al siguiente día levantóse el mozo cuando apenas comenzaba la claridad del amanecer. Salió al balcón, y de bruces en su balaustrada, quedóse mirando la borrosa línea de una vereda, que, pasado el rio, ondulaba entre árboles, sobre lo más alto del monte.

Entristecíale abandonar tan luego la casa de Lousada donde había sido verdaderamente feliz; pero sus tristezas iban desvaneciéndose al considerar que se separaba de aquellos lugares, pero no tan pronto de las gentes que los hacían amigos.

Iría con ellas hasta Mandiá y luego hasta Amande, donde viviría, por algún tiempo, una vida de sosiego y de paz.

La claridad del día aumentaba lentamente. Veíanse aún como una mancha informe los árboles lejanos; pero los árboles del huerto eran ya verdes y en sus hojas comenzaban á brillar los diamantes de la noche.

De pronto, como un largo desperezo, sintióse el rumor de unos goznes que rechinan. Carmela apareció en otro balcón de la misma fachada. Saludó al mozo con voz segura; el mozo respondióle con voz ligeramente trémula y después ella interrogó:

—¿Ves en la otra orilla algunos hombres?

—No, señora. La neblina que se levanta del río no deja ver nada.

Iban desapareciendo las sombras prendidas á los árboles y el paisaje comenza-

ba á mostrarse fresco, húmedo, lleno de verdor. Un gallo cantó aún en los corrales de la quinta y su grito estridente vibró temblando un segundo. Bajo la claridad del alba, el caserío de las aldeas mostrábase como esfumado en un lontananza de recordación.

—Llama al barquero—exclamó á poco la dama:—Quizá aguarde en la orilla.

—¿Cómo es su nombre?

—Manuel.

El mozo llamó, esforzándose:

—¡Señor Manuel!... ¡Señor Manuel!...

Desde el otro lado se oyó un grito potente:

—¿Quién me llama?

—¡Aquí!... ¡En el palacio!...

Sintióse á poco un rumor de cadenas que se arrastran, seguido de otro rumor, más débil, de agua que se agita; y una silueta casi incorpórea, desvanecida, obscura, surgió después en el río. Era la barca

que se deslizaba mansamente, envuelta en los blancos girones de la neblina como una visión fantástica. Dominando el rumor confuso de las ondas débiles oíanse los golpes hondos, los golpes secos del remo en el cáuce pedregoso y el eco moribundo de una canción lejana.

Ya la barca atracaba. Avisado el bohemio fué en busca de los señores. Halló á los cuatro en un salón donde todavía se encontraban encendidas las lámparas. Después, á lo largo de obscuros corredores, llegaron á la escalera y descendiendo prestamente sus peldaños halláronse en el zaguán y luego en una senda de terrizos muros por donde corrían bullidores hilos de agua. Al fondo, sobre las aguas mansas del río, balanceábase la barca, entre los cendales de la niebla, como una visión de ensueño.

Cuando entraron á bordo brillaba ya sobre una cumbre lejana el primer rayo

de sol. No desvanecida del todo la niebla veíanse algo borrosos los objetos de la otra orilla. Lejos de la barca un criado del palacio vadeaba el río, montado sobre una mula y con otras cuatro caballerías del ronzal. El barquero remaba acompasadamente, hundiendo una vez y otra su remo en el cristal verdoso que, al romperse, llenaba la barca de gotas diamantinas. Las dos mujeres secreteaban riéndose, de tiempo en tiempo, con carcajadas alegres que tenían algo de canto.

Ya las cabalgaduras habían vadeado el río y sus siluetas se esfumaban con cierta dulce idealidad sobre el fondo obscuro de la montaña. El mozo advertíase cada vez más hondamente agitado. Al pensar que, de cualquiera suerte, el momento de la separación estaba ya próximo, sentía el revolotear de unas ideas, deformes aún é ingrávidas, atarazándole el cerebro con el roce de sus alas candentes.

VIII

Montaron todos y poco después, al trote de sus mulas, comenzaban á subir la cuesta. Cuando se hallaron en lo alto vieron, algo más allá, una zagala campesina que iba acompañada de un mozo. Adelantaban enlazados como es costumbre en aquella tierra. Un arriero, que guiaba la recua de sus mulas, vino á juntarse con los dos mozos. Perdido en la distancia oyóse un débil rumor de esquilas. Los señores de Lousada, al caminar, oían la conversación de los aldeanos.

—Vosotros—decía el arriero—iréis á comprar algo á la feria.

—No; vamos de segadores. En Mandiá nos aguardan los compañeros. Yo iré hasta la tierra castellana; pero esta moza se quedará en una cuadrilla de las que siegan los agros de por aquí.

—¿Es hermana tuya la rapaza?

—Es vecina.

—Tú, si mi recuerdo no miente, eres de la casa de Vidouredo.

—De la casa de Vidouredo soy.

—Pues los de esa casa, mozo, nunca han necesitado que los extraños les diesen pan.

—¡Nunca hasta ahora! Pero tú bien sabes que el año pasado fué un año de hambre. Las mieses secaron antes de madurar como si una bruja sedienta hubiese sorbido sus zumos... ¡Apenaba ver los sembrados!

—¡Es razón!

—Con tanta sequía aún hemos recogido

fruto para comer hasta ahora. ¡Fruto que ya se acaba! Diónos esta mala nueva mi madre, hace días, mientras escogía grano para enviar al molino... Por eso se me figura buena acción alejarme de mi casa. ¡Así lo poco durará más!

—¡Es buena acción, mozo!

—Los dos enmudecieron. El curso del río adivinábase por un ondeante manchón de niebla que el sol todavía no lograba disipar. Poco á poco las gentes y los ganados iban llenando el camino, donde se aspiraba un dulce aroma formado por recinosas emanaciones de los pinares mezclándose al perfume acre de la tierra removida...

Con melancólica voz el arriero comenzó á rezongar cierta balada campesina, interrumpiéndose con frecuencia para acuciar las mulas que se detenían mordisqueando en los olorosos valladares.

—Los agros de esta tierra—decía el mo-

zo—pueden ya segarse; pero en la tierra nuestra parece que ha caído una maldición... ¡Aún no hemos visto allí una mies madura!

—Pues en el Brandoya hay quien seca al fuego espigas verdes de maiz por carecer de todo otro alimento.

—¡Eso es cosa que muchos, entre nosotros, hicieran, si lo pudiesen hacer!

—¡Grande entonces es allí la miseria!

Caminaban deteniéndose á menudo porque los rebaños llenaban totalmente la vereda y con trabajosa lentitud abriánse luego paso entre las reses, satisfaciendo, al avanzar, la curiosidad insaciable de la gente aldeana.

IX

Amaro, oyendo hablar á los campesinos, sentía en lo hondo como un florecer de recuerdos.

Aquella voz quejumbrosa: «Las mieses secaron antes de madurar», le hacía ver de nuevo el verano: un verano que pasó sin que las nubes hubiesen venido á detenerse, clementes, sobre las campiñas. Y veía aún volar á bandadas los malos augurios por los corazones de los humildes.

En los campos eran entonces muchas las gentes que todo lo aguardaban del agua.

Aquellos hombres infelices veían como se iba haciendo lánguido el verdor de las mieses; como los frutos se agostaban y como, de seguir así, cuando llegase el invierno no habría más que tristezas y hambre en los hogares.

¡No llovia! Y ante el mal, unos campesinos mostrábanse resignados y otros dejaban enceder sus miradas con resplandores siniestros. La perspectiva dolorosa de un largo año sin pan, arrancaba á aquellas gentes voces de lamentación y de queja. El mozo los veía aún caminar en hordas, doliéndose de sus pesares. Y recordaba una vez en que, mientras adelantaba á lo largo de las veredas, oyó decir al más viejo de los campesinos, en voz cadenciosa y lánguida:

—No ha de caer agua sobre nuestros campos porque desmerecemos ese bien... ¡Precisamos del castigo, y el castigo vendrá!

Los aldeanos le oían silenciosos, con sus almas cautivas del temor. En las ráfagas del aire llegaban ecos ondeantes y rotos de canciones tristes que nacían desviado de allí. Y el lugareño murmuró una vez y otra:

—¡Precisamos del castigo!... ¡Precisamos del castigo!...

El silencio entonces era hondo y desolado. Algunas de aquellas gentes miraban al cielo donde no asomaba la más ligera nube. Y la voz cruel volvía á oirse, como un eco doloroso é implacable:

—Hemos recogido una grande cosecha. El grano duró largo tiempo en las arcas de los más pobres, y en otras arcas hubo el bien de Dios hasta hace poco. Pudimos hacer caridades, y cuando á nuestras puertas llamaron los desvalidos, hemos dejado que su voz se perdiese en una noche de desesperanza...

Y el mozo veía aún á los tristes lugareños caminar hacia sus chozas: aquellas

chozas que, por entre la umbría de los bosques, asomaban cándidas y humildes. ¡Iban silenciosos, á esperar los días de miseria ya vecinos!

Y muerto el estío, que es época de hambre, de trabajos, debía llegar para los labradores el tiempo de descansar, como llegaba en otros años, cuando las nubes no habían sido avaras de su gracia. Los meses de otoño, entonces inundan de alegría el corazón de los aldeanos; y los molinos cantan su canción sagrada, y allá en las chozas que tímidamente se ocultan entre pinares, canta el fuego á la abundancia y á la paz. Por ese tiempo han retornado ya al nido caliente de la aldea los mozos que en tierras de otros hombres buscaron su pan durante el estío, las mozas que andaban á espigar en campos ajenos, y aquellos rapaces que fueron á buscar su mantenencia sobre las veredas, llamando á las puertas del rico con voces de angustia.

Pero aquel año la sequía había hecho de oro, prematuramente, toda suerte de frutos. Los campos, sin ondulaciones y sin brisas, no hubieron menester de la hoz, y en lo alto de las montañas ardió la leña del invierno. Ardió hoy aquí, mañana en un lugar cercano. Haciendo palidecer los rayos del sol extendíase el fuego llevando consigo la desolación de las desolaciones. Secáronse los arroyos, agostáronse las praderas, y en los cobertizos obscuros el ganado se iba muriendo poco á poco, con el belfo lacio y los ojos suplicantes...

X

Cuando entraron en la feria ya las doradas hebras del sol danzaban sobre la superficie cabrilleante del río. El marido de Carmela preguntó al arriero si sabía de alguna venta.

El arriero le dijo:

—Como para gente de su clase, no hay, no señor; pero yo les guiaré adonde estén lo menos mal.

Y apeándose, vino á colocarse delante de todos. El marido de Carmela era un hombre ya de edad, con la barba entreca-

na y los ojos mortecinos. Su voz de matices opacos era engolada y queda.

Deteníanse alguna vez para librarse de los chalanes que se acercaban interrogando con plañidera solemnidad si traían propósito de hacer alguna compra. El polvo los envolvía en nubes que, heridas por los rayos del sol, brillaban como gasas de un sutil tono dorado. La gente de las aldeas les abría camino arredrándose hacia los valladares.

Rendidos y sudorosos hacían alto, poco después, frente al portalon de una casa humilde, encargando las bestias á un rapaz campesino que se brindó para tenerlas del ronzal; y aunque las dos hojas de la puerta estaban franqueadas, llamaron con grande bulla. La dueña del mesón se acercó solícita:

—¿Querían algo?

—Por de pronto un brazado de hierba para las bestias.

—De eso si que no hay. ¿Les acomoda darles grano?

—¡Mejor que mejor!

La buena mujer se alejó, trayendo al poco rato, en unos cuencos de corcho, abundante ración de maíz.

Allá desde el fondo obscuro, decía después, mirándolos agarimosa:

—¿Y para vos? Tengo truchas del Pedrouzo, que son las mejores. El vino es de la Ribera del Sende. Todos los años me lo envía mi hermano el cura... ¿No saben? Es el Prior de San Cidrán. Me lo manda de la propia cosecha. ¡Qué vino! ¡Parece zumo de rosas!

La cocina estaba llena de gente. En otra estancia veíase un grupo de hombres, charlando con grande bulla mientras el cuenco rebosante pasaba de una mano á otra. La pareja del camino despidióse para ir hacia allí. Traspuesto el umbral, los dos mozos saludaron conforme al uso de la tierra; después:

—¿Sois vosotros los que van de segadores á Castilla?

—A Castilla vamos.

El Mayoral de Flariz, os habrá hablado de un mozo que desea ir también de segador...

—Nos ha hablado, ciertamente. ¿Eres tú ese mozo?

—Lo soy.

—Siéntate, entonces.

—Tengo primero que buscar al Mayoral de Flariz. Esta moza ha de ir como atadora en su cuadrilla.

—Pues sabe que nos pondremos en camino cuando medie la tarde.

—Antes volveré...

—Que Dios os guie.

Salieron. Y al verlos adelantar sobre el entarimarido resonante, la ventera murmuró:

—¡Pobre mozo! Es otro de los que el hambre ahuyenta. En su tierra, como en la tierra nuestra, rematóse ya el pan viejo; pero allí el nuevo está aún muy verde.

XI

No había en el mesón más que gentes de las aldeas, todas harapientas y sucias. A Carmela le asqueaba el olor de las viandas y el vocabulario de los hombres producíale una emoción quizá más invencible. Todas aquellas gentes juntábanse en corros, como hordas en holganza. El arriero acababa de despedirse, y, llena de temor, la dama llamó á su marido.

—¡Vámonos!... ¡Vámonos de aquí!

Pero antes que él pudiese contestar habíase acercado la ventera.

—Escusan marcharse, si necesitan descansar. Pasen al huerto, que en él á estas horas no hay nadie...

Carmela murmuró:

—¿Da el sol en el huerto?

—Tiene buena sombra, muy buena sombra de castaños. ¿Quieren ir?

Y sin aguardar respuesta colóse delante, para enseñarles el camino. Sobre la finca, sombreada y amplia, dormía el silencio: un silencio hondo y casi concreto que le daba semejanzas con una huerta conventual. En llegando, la ventera añadió:

—Aquí estarán á su gusto. De seguida les traeré las viandas... ¡Cuánta gente quisiera venir á comer donde mis señores! ¡Pero no á todos dejo, no!

Las damas sonrieron, complacidas. Hasta el huerto venía el ruido de la feria, que, debilitado por la distancia, asemejábase al opaco batir de las olas en restingas de muy

lejos. Por el hueco del portalón, viéronse todavía cruzar á los dos mozos del camino. Iban otra vez enlazados y Carmela murmuró:

—¡Qué triste debe ser alejarse de una persona querida!

Como si aquellas voces hubieran avivado en su alma cierto hondo sentir, el mozo repuso:

—¡Debe serlo, debe! ¡Sin embargo, más triste es aún cuando en pos del que se aleja no va á quedar rastro alguno!

Al decirlo envolvió sus palabras en una sonrisa débil, como anhelando quitarles la gravedad que parecieron revestir. La cuita de aquellos dos mozos fué luego tema de una plática animada. Por azar Carmela vióse al lado del bohemio, y deseando reanudar con él la conversación, rota minutos hacía, exclamó:

—¡Pobres mozos!... ¡Son bien dignos de lástima!

—De cualquiera suerte lo son. Pero hay siempre quién lo es más. Ellos, si se aman, han de recordarse mientras estén ausentes; serán dichosos aguardando el día verse juntos. De no amarse, apenas merecen gran atención. Si solamente desean no sentir el hambre, pan—sabiendo ganarlo—cerca ó lejos, se halla siempre... Quién busca otras cosas—cosas del alma—quién ni siquiera sabe lo que busca y guiado de un deseo loco labra tal vez su desdicha, es más digno de ser compadecido...

—¿Acaso buscas tú alguna de esas cosas?

—¡Quizá!

—¿Y quieres que te compadezcan?

—El respondió con gentil arranque:

—¡No! Hasta ahora más bien merezco envidia y ansío ser envidiado... ¡Pero recelo que si algo llego á merecer de las gentes será otra cosa, otra cosa...

A la dama, aquella charla ingénua la in-

teresaba grandemente. Quiso saber más y murmuró:

—Aún no me has dicho la causa de esa vida errabunda que llevas...

Hasta allí, diluídos en las ráfagas del aire, venían gratos aromas de flores silvestres. A lo lejos largo rebaño de ovejas pasó entonces, salpicando de blanco la verdeante extensión de una pradera. El mozo comenzó á decir:

—¡La causa de mi vida errante! Es una locura, señora: un deseo inexplicable: horror de la vida monótona, astío por el mañana que ya se sabe como será, fidelidad á mi alma enamorada de lo imprevisto...

—¡Tienes razón en llamarle locura!

El quedóse mirándola, y en voz harto expresiva, repuso:

—Pues es locura que bendeciré siempre...

—¿Por qué?

Y después, comprendiendo, la faz de

Carmela ensombrecióse con un gesto de dura expresión. Le interrogó seria:

—¿Sueles decir eso en todas partes?

El mozo sonrió con una sonrisa amarga:

—¡Nunca mis labios lo han dicho hasta hoy, quizá porque nunca han tenido ocasión de decirlo!

Y la miró con miradas valerosas, desafiando el enojo naciente sobre la faz de la dama; pero ella, quedándose un momento indecisa, optó por reir. La dueña del mesón llegaba entonces con las viandas y sobre el campo extendió un mantel de lino, en torno del cual sentáronse los huéspedes casi á la vez. Comenzaron silenciosos. Algunos pájaros bailoteaban en la era llena de sol. Carmela y el mozo hablaban. Y hablando, los labios rojos de la mujer reían, y reían sus ojos húmedos, alegres, llameantes...

XII

Los romeros acababan de montar, y saliendo al bosque, guiaron sus cabalgaduras hacia un viejo camino que el aire llenaba con olorosas emanaciones desprendidas de las hierbas. Anochecía, y la luz del crepúsculo cerníase sobre el río haciendo parecer más honda la calma de algún remanso donde se reflejaban, inmóviles, los árboles de la orilla. Poco después el camino entró en la sierra, ondulando sobre un paisaje abandonado y yermo. Hasta allí llegaba aún el lento susurrar del río; pero

aquello cesó enseguida y sólo se oían ya esos vagos rumores que gallardean por la quietud del campo en la hora del anochecer.

Lejos de Mandiá las llamas de una angustia, débil aún, comenzaron á invadir el alma del bohemio, colocándole en lucha con su razón. Al saber que acompañaría á los señores hasta el caserío de Amande quedara bien cumplido su mayor deseo; esto era una gran verdad, y sin embargo la angustia crecía, crecía, llegando á hacerse dolorosa. A menudo el viento enmarañaba al mozo sus quedejas sobre las sienes; y para luego rechazarlas las sacudía de tan brusco modo como si quisiere ahuyentar de allí alguna idea mordedora...

Los señores parecían muy alegres: iban recordando viejas memorias evocadas á la vista de los lugares conocidos y el mozo callaba, callaba siempre, violentándose para hablar cuando se le hacía alguna pregunta.

En el camino húmedo, con humedad de caverna abandonada, aspirábase algo como un aroma de cosas viejas. Era un camino de aldea, hermoso con aquellos vallados de tierra rezumante, con aquellas piedras que había desgastado la sandalia de los peregrinos y aquellas oquedades de los muros, donde en la noche se albergaban las alimañas de la sierra.

La luz del día, débil luz de lámpara que muere, daba al paisaje aspecto de visión evocada. Ya enmudecieran los romeros y comenzó á oirse el canto de los grillos enlazado con el cuarreo de las ranas. Al paso de las cabalgaduras aquel rumor deteníase un momento, oyéndose entonces golpes de algo que se hunde en las charcas y luego, una vez más el cuarrear monótono, como un eco burlón.

Mucho después vino en las ondas del aire un son débil de canciones amargas y llorosas. Amaro murmuró con voz sombría:

—Deben ser mozos de los que van á las siegas...

Como si nadie lo hubiese oido, este decir murió sin comento. Había cerrado la noche; y sobre los vallados del sendero veíase amenudo un gusano de luz. El mozo, suspirando, rechazaba ahora sus cabellos que volvían á arremolinarse sobre las sienes. Después, como una estrella rojiza, distinguióse una luz entre las sombras y Carmela, con un dedo extendido, dijo al bohemio:

—He ahí la casa de Amande.

XIII

Cuando llegaron al palacio una de las damas llamó, dejando caer hasta dos veces la aldaba de bronce. Todo continuó en silencio; los caseros parecía que habían decidido no abrir. Entonces el más viejo de los dos señores pronunció con voz ronca un nombre, y no bien se extinguió su eco dos aldeanos asomaron en el umbral.

—¡Señor marqués! ¡Nadie está libre de una mala querencia!... ¡Y como los señores no han mandado aviso!...

Uno de los aldeanos tenía las riendas de

las cabalgaduras. Después otro guió, alumbrando con un candil.

El recuerdo de aquel lance era lo único que animaba ahora las conversaciones. Los cinco romeros reuniéranse ya, y no sin sueño hablaban de estas cosas en voz lánguida y queda. Reían las damas con alegría burlesca al evocarlas y los hombres, siempre galantes, hacían eco á sus risas.

Quién allí parecía menos cansado era el mozo. Libre de negruras su alma, los lances de la víspera, al calor del recuerdo, adquirían esa vaguedad dulce, que hermosea la más vulgar de las cosas si ya la vemos lejana...

Casi de espaldas al grupo Carmela balanceábase con gentil indolencia en una mecedora. Hacía gran calor, y en uno de los vaivenes el aventurero logró ver sus piés, cautivos en chapín de raso. Era divina la belleza de la dama bajo aquella

luz del sol que parecía rodearla con una aureola de polvo de oro. Desceñíase su blusa enseñando la nieve del cuello, y Amaro, viéndola así, comprendió en un segundo el alcance del sentimiento que ligaba su vida á la vida de Carmela. Fué llama débil haciéndose llama deslumbradora, nuncio de incendio devorador, que consume.

Carmela seguía meciéndose, dejando ver no sólo los pies breves, armónicos, sino también algo de la media. El rosado color de su faz palidecía en el cuello, donde era blanco, con la blancura cándida de los lirios. A menudo venían á besarlo los rayos del sol y la carne adquiría esas irisaciones del nácar á la luz de la luna...

Los señores escuchaban ya, anhelosos, el ceceo del marqués que narraba viejos lances, y sólo Amaro gozó de aquella visión. Pero su goce, lejos de alegrarle, le ensombrecía el alma. Mil veces, en el ca-

mino de su vida, había hallado mujeres así, logrando siempre verlas con serenidad. Y lo que hacían las damas de su recuerdo juzgáralo, no sólo disculpable, sino lógico. Días de gran calor, aquellos días obligaban á no velar mucho ciertas bellezas. Pero ahora la actitud de Carmela sólo hallaba en su alma un vago sentimiento de censura. No podía huir de allí sus ojos, ya abrasados, y creyó advertir miradas de reconvención en los de los señores, al verle...

Pero enseguida observó que la marquesa usaba blusa de escote quizá más amplio y que Carmela, al mecerse, únicamente enseñaba los chapines, velándolos muy luego ¡Aquello era así como esos relámpagos que deslumbran sin dar tiempo á los ojos para ver otra cosa que su luz!...

La marquesa, ahora, llamaba á su amiga:

—Carmela, ven...

—Déjame.

—¡Ven, mujer!...

—He visto eso otras veces. Déjame.

—Yo no me canso de verlo nunca. Es un viejo rincón con el alma siempre moza...

Hubo en su voz un leve acento de enojo y Carmela, queriendo desagraviarla, se irguió, con languidez, como si hubiese necesidad de ayuda. Luego miró sobre el busto de su amiga, lanzando una exclamación de asombro.

El mozo, lleno de curiosidad, alzaba las persianas en otro de los miradores cuando la dama le llamó:

—¡Amaro!

Quedóse un momento indeciso y ella repuso:

—Es para que no se llene la cámara de sol... ¡Ven!...

Fué, con emoción casi dolorosa, acomodándose á su lado. No veía el paisaje. Carmela debió leer en el fondo de aquella alma. Sonrió, con una sonrisa leve. ¿Sonrisa

de complacencia, de conmiseración, de burla? Luego le miró anhelosa. El quiso desafiar aquella mirada donde había como una chispa de fuego y, deslumbrado, cerró sus ojos enseguida.

Tuvo miedo; miedo de enamorarse allí. Había oído decir grandes cosas sobre el amor, y el amor, era en su juicio algo fatal, que avasalla, haciendo de la vida un cuento de encantos ó una tragedia de sombra. Tembló, adivinándose en lo venidero con las esperanzas desvanecidas y las ilusiones agostadas. La dama de sus sueños nunca llegaría á corresponderle. Era una gran señora, de belleza grande, y Amaro exageraba lo exíguo de su valía para merecer de ella ni una limosna de amor.

Y considerando al amor casi invencible lo maldijo en el fondo de su alma, en tanto que se prometía no rendirse sin lucha. Creyó posible sofocarlo, negándole el modo de echar más hondas raices...

Esta promesa dió á su espíritu una dulce sensación. Tuvo un instante de calma verdadera. Pudo resistir con serenidad las miradas ardorosas de la dama. Miró al paisaje, viéndolo. Luego murmuró con una amable sonrisa: sonrisa de vencedor, llena de orgullo en los labios, llena de soberanía en los ojos:

—¡Tiene razón la señora!... ¡Es un paisaje soberbio!...

XIV

Resolvió alejarse enseguida; pero al madurar aquella decisión hubo de ver que esto era innecesario. ¿Su voluntad no le aseguraba algunos días de resistencia en la lucha? Muy pronto iba á separarse de Carmela. No volverían á verse quizás. Alejaríase de ella para siempre... En su afán de vencer el sentimiento que le aromaba la vida, este pensar no le afectó nada entonces. Pero después, volvió á oir las mismas palabras, allá adentro, como un eco, como una amenaza. Sintió las sienes inun-

dadas de sudor. Con valentía dolorosa, sofocado, casi colérico, masculló cruelmente:

—¡Para siempre, sí; para siempre!...

Habían salido los señores. De codos sobre el alféizar miraba al paisaje: un trozo de tierra montaraz, bravía, impotente. El mirador, muy alto, desgarraba una pared de grandes sillares, colocados con bien tosco artificio, y entre cuyas junturas no sólo verdeaban las hierbas, sino que también crecían algunos arbustos. Enfrente veíase la montaña, casi perpendicular, con sus árboles centenários, y por entre los troncos, la línea ondulosa de los senderos. Hacia su cumbre asomaba una choza de aspecto humilde, destacándose entre la umbría. Algunas ovejas triscaban sobre la ladera. Y allá abajo, en el abismo, corría un riachuelo, quebrando su linfa entre las peñas. Va por tan hondo el cauce de aquel arroyo, que hasta allí no llega nunca la más débil hebra de sol, y los peñascales

vénse constantemente empenachados de una escarcha que jamás se derrite... Las aguas, poco más allá, hacían girar los molares de una aceña...

En todo, vió Amaro un símbolo; vió un ejemplo. Al río le era necesario esforzarse, luchando entre los peñascos para vencer resistencias. Mas, al fin, llegaba; llegaba sacudiendo sus blancas guedejas, con orgullo de vencedor, hasta los umbrales del molino, ansioso de hacer un bien... El bohemio lucharía, con entusiasmo, con brío, lleno de fe en el temple de su voluntad.

Encalmado ya el espíritu, mientras ardían en su interior los inciensos de la esperanza, quiso saber como había nacido aquel su mal de amor. No acertaba á adivinarlo. Y profundizando más entre las sinuosidades de su alma, veía que no le execraba por innoble; no era á sus ojos un sentimiento bastardo. El que la dama perteneciese ya á otro, no le mortificaba gran-

demente. Lo único que le hacía sufrir era el concepto de su pequeñez ante la mujer adorada; era la convicción de su falta de dotes para encender en ella un sentimiento análogo á aquel otro que le mordía las entrañas.

Se apartó del mirador. Por entretenerse hojeaba cierto album de retratos que había sobre una mesa De entre sus páginas comenzó á alzarse un aliento mohoso, como un perfume de cosas viejas. Lo desvanecido de las tintas daba á aquellas figuras una nota de indecisión, como si se mostrasen veladas, á distancia. Las hojas iban pasando, lenta, lentamente; y en el silencio de la cámara, un silencio austero no turbado por ningún ruido exterior, el crugir de los papeles, repetido por el eco, era algo así como un murmullo de olas mansas al agolparse, lánguidamente, sobre la arena.

De pronto el bohemio se detuvo sorprendido, viendo un retrato de lozanas tintas

donde aparecía Carmela acompañada de un hombre. A Carmela la reconoció enseguida. Estaba casi como si sólo contara algunos meses de antigüedad la copia. Vestía el traje de las desposadas. A él, más bien le adivinó. Era, desde luego, su marido. Pero en aquella época no tenía canas como ahora, ni tan hundidos los ojos, ni tan descarnada la faz, ni tan mortecina la luz de su mirada. Y á juzgar por como aparecía Carmela, la fecha del retrato debía ser bien reciente. El mozo supuso que grandes pesares habían conturbado la existencia de aquel hombre; supuso que alguna enfermedad dolorosa le aniquilaba... Supuso aún otras causas semejantes á las dichas... ¡Pero Amaro era muy joven para adivinar la verdadera!

XV

Volvió al mirador, y sentándose en uno de los poyos salientes, dejó llenar su alma, más bien que con las luces del paisaje, con aquellas negruras de sus ensueños. Y mirando á lo hondo recordó como había nacido allí aquel afán que le llevaba errante por el mundo.

Llegaran á su aldea, como todos los años por aquel tiempo, los zíngaros, en caravanas largas. El los había visto mil y mil veces, sucios, andrajosos, respondiendo á toda suerte de preguntas con palabra exóti-

ca y humilde. Venían los pobres de tierras donde se sabe otro hablar, donde el cielo es otro, y donde otras son las gentes y las almas. Venían en hordas, trayendo el ajuar á lomos de algunas bestias flacas y cansinas. Su patria era más allá de los horizontes, entre nieves tal vez, bajo un cielo despiadado. Y la gente de estos países pensaba, al verlos, que su tierra debía ser muy ingrata; ¡la tierra que los ahuyenta, haciéndolos llegar hambrientos á regiones donde no saben si se les mirará con cariño ó si sólo hallarán desamor!

Habian llegado una vez más los pobres zíngaros, bajo el cielo triste de la tarde otoñal; de la tarde austera, sin sol. Cayó la lluvia, mansamente, sobre ellos, y en la plaza desierta del pueblo silencioso aparecieron humildes, con las ropas desgarradas y los pies cansados en la andanza cruel. Había en los ojos de los bohemios una expresión dolorosa, de nostalgia y de

hastío. La lluvia menuda cayó implacable sobre los parches de los panderos y sobre la horda, engarzando polvo de diamante á las greñas negras y lacias. Y al son de las notas graves danzaron los osos, con el mirar amenazante, rugiendo de vez en vez, haciendo vibrar de furor las argollas de cobre que horadaban sus belfos blancos de espuma...

Él recordaba aún cómo la música de los panderos fué monótona y triste, de una tristeza amarga que hería en lo hondo. La canción fué en lengua extraña y, sin embargo, todos parecieron entender. Habló de una tierra querida; habló de melancolías grandes que nunca, en el mundo, habían de hallar curación. Y los panderos, acompañando al canto, con sus cueros húmedos por la llovizna, hicieron un son más bronco, más doloroso, de más gran tristeza...

Allá en la noche, como sus hermanos

de otras veces, fuéronse los bohemios á acampar lejos del caserío, porque en las aldeas no quieren la vecindad de los vagabundos. Por entre los árboles subió el humo del aduar, brilló el fuego de las hogueras y en la aldea oyóse amenudo el rugido bronco de los osos hambrientos.

Amaro escuchó á los campesinos hablar de la caravana, describiendo el país de donde son sus gentes, aventurando las razones que les hacen llevar una vida errante é incierta. Las gentes de su aldea, que nunca habían descansado á la sombra de otros árboles, en otras tierras, preguntaron, preguntaron... Y aquellas que en los años de su mocedad también habían ido por el mundo, dijeron del país de los zíngaros que es yermo y pobre, que no abriga ni da pan.

Y las gentes, al oir las palabras de los que más sabían, sintieron por sus almas algo así como el vuelo de un presagio tris-

te. Su tierra, un tiempo mimosa, tierra buena, va siendo desagradecida desde hace años y algo como el terror de una vida nómada en lo futuro, cruzó, ensombreciendo el azul sereno de las almas sencillas. La tierra que fué pródiga se va tornando avara; y unos emigraron ya de allí, y otros, los más, fueron en busca de un amo que los quisiera mantener.

El mozo no era de aquellos infelices desheredados de la fortuna. Las tierras de su padre bien daban el pan del año; pero en su alma, aquellas voces, encendieron un deseo, por entonces vago aún, de ver y andar...

En la aldea no cesó durante la noche el conversar acerca de las gentes que llevan consigo su parentela y su casa y van errantes por el mundo. Los hombres aquellos debían amar mucho á su tierra. Cantaron, y cantando sus ojos parecían llenos de ternura y de ensueño. Cantaron, y can-

tando sus ojos parecían llenos de fosquedad y de amenzas. Y sus canciones hablaban de la patria lejana, cuyos caminos sembraron de rosas en las leyendas de su canción. Y sus canciones hablaban de la tierra querida, cuyas llanuras mancharon con sangre en la historia de que era un eco su aquel cantar.

Amaro recordaba que entonces no llovía, y que el sol iba descendiendo. Los zíngaros acompañaron con sus miradas al sol en el camino hacia la tierra de sus evocaciones. Cantaron otra vez. Y su canción habló de las tierras por ellos vistas en la andanza luenga: tierras pródigas, llenas de ensueño y de luz. Habló su canción de aires llenos con aromas de azahar, de limoneros y de jazmines. En su canción dijeron haberse detenido junto á las fuentes de las veredas; haber cruzado arenales desiertos, bajo el sol de los estíos, oyendo perderse el cantar de las aguas y el rumor de las palomas que

se arrullaban en las umbrías. Cantando aún, dijeron haber cruzado siempre indiferentes, fijos los ojos en una visión interna, en la visión de su patria... Y aún dijeron que allí la vida no es posible, que sólo allí permanecen quienes no odian la esclavitud...

Aquellas sombras adustas, de hombres cetrinos y desgreñados, inscribíanse, rudas, sobre el cielo obscuro. Cantaron los bohemios su canción; la canción de los tristes, llena de nostalgia, de ensueño y de luz.

Las fieras, domeñadas, danzaron al son quejumbroso y bronco de los panderos. Cantaron los hombres y las mujeres, evocando la visión de su tierra, al llegar allí una otra vez, luego de la ausencia dolorosa, cuando la tarde descendía muda y dorada. Y en su canción dijeron haber visto el caserío de la aldea aurealado de sol, como si fuese la iluminación de un sagra-

rio. Y después de verlo, tornaron á seguir errantes por el mundo, cantando, cantando siempre, contentos de su vida libre.

Todo esto pareció despertar en el fondo de las almas, secretos sentires adormecidos. Y la gente de las montañas y de las llanuras lo oyó todo, sin apenas comprender; pero en lo más escondido de los corazones quedó una simiente bendita, que poco á poco había de ir germinando.

El mozo no era de aquellos infelices obligados á ganar su pan en la casa de un rico, ó á ir por el mundo en peregrinación dolorosa. Pero algo había en su alma que le hacía amable la vida inquieta de los zíngaros. Le agobiaba la idea de vivir una vida siempre igual, sin encanto de misterio, con horas y con días eternamente iguales, sin una luz ni una sombra en las lejanías del ensoñar. Y aquella simiente que el paso de los zíngaros dejó en el alma

de los aldeanos, en la de Amaro germinó bien pronto, para bien pronto florecer.

XVI

Pasaron algunos días. Amaro, otra vez en el mirador, dirigía sus ojos al paisaje. Hacia la cumbre del monte creyérase ver, flameando, una gasa de polvo leve, mientras por entre los riscos balaban las ovejas, al cuidado de un zagal que tañía su flauta en la sombra augusta de los robles. De pronto el bohemio dirigió sus ojos al abismo y tendido sobre una margen del arroyo vió cierto grupo que, con su traza señoril, descomponía el carácter del paisaje: aquel rincón agrio, de faz adusta, donde sólo

encuadraban aldeanos de rostro severo y maneras patriarcales. Eran los dueños del lugar con sus huéspedes.

Viéndole, las damas agitaron en el aire sus pañuelos, que sobre la mancha obscura del camino fingían un revolotear de palomas amantes; y él, entendiendo que le llamaban, sin cerrar las vidrieras, abandonó el caserón.

En el fondo de aquella alma encendía un noble sentimiento de orgullo el saber que á ninguna de las dos mujeres enojaba su presencia. Iba bien alegre sobre un caminejo de cuento aldeano, que ante las casas cubríase de uces desmenuzadas por las almadreñas de los campesinos; ondulaba luego entre los sembrados y algunas veces venía á interrumpir su curso un arroyo de lindes fangosas, donde los campesinos y las reses dejaran la huella de su paso. Más allá, tendida en mitad del sendero, encontró una flor de pétalos rojos. La re-

conoció enseguida. Era una rosa que Carmela llevaba en el seno desde el amanecer. Fué á alzarla del polvo y se detuvo, mirando casi con veneración sus hojas, donde negreaba la tierra húmeda del sendero. Después la recogió, y luego quiso arrojarla: conservar aquella flor le parecía traicionarse en sus más caros propósitos. Y, como si temiese lastimarla, la guardó delicadamente, con un religioso fervor.

Hasta allí la configuración del terreno ocultárale al grupo, que volvía á ver sobre una margen del riachuelo. Robles seculares, con los troncos horadados y llenos, en su cavidad, de grandes piedras, sombreaban el rincón por donde las damas corrían, gorgeando risas de alegre sonido. Las dos, como niñas que burlan vigilancias odiosas, arrojábanse el agua en airones. Y algunas de las gotas, engarzándose en los negros cabellos de las dos mujeres, al recoger la luz triste de la tarde, quedaban

luciendo como estrellas pálidas en una noche obscura. Sobre la faz ticianesca y blanca de Carmela había hecho florecer dos rosas el cansancio. Allá á lo lejos, veíase la Torre de Amande...

La Torre de Amande era uno de esos caserones con aspecto de mansión señorial abandonada que tanto abundan en los valles de Galicia, y son como mudos heraldos del hermoso tiempo donde la fantasía popular inspira sus leyendas; sus leyendas arcáicas, con gusto á miel de panales añejos, que las ancianas sabedoras suelen referir en torno de la lumbre, allá por el tiempo de las largas veladas...

Al ver al mozo, Carmela quedóse inmóvil un segundo:

—Vamos á la ermita. La están engalanando para la fiesta...

Tuvieron que atravesar el río por un puente hecho de maderas mal clavadas. A su paso la armazón crugía, amenazadora

sobre el agua, que borboteaba rugiendo adusta, blanca de espuma. Después comenzó una cuesta cubierta de hojas caídas y de herizos. Entre la umbría de los castañares albeaba la iglesia, con blancura de nieve herida por el sol.

Gemía el esquilón uniendo su voz doliente al ronco murmullo de los pinares cuando los cinco llegaron junto al crucero que da frente á la iglesia. Traspuesto el atrio lleno de sepulturas humildes vieron sobre el altar una sola lámpara, que ardía oscilando con aleteos de mariposa enferma. A los pies de un viejo Cristo, cuyas melenas se agrandaban en la sombra, una mujer, allá, hacia el fondo, musitaba preces casi sin voz. Todos adelantaron con andar silente. Los ecos del esquilón, al repercutir bajo las bóvedas, adquirían temerosas resonancias...

Se arrodillaron con el alma ungida de solemne emoción. Los contornos del grupo

esfumábanse dulcemente. Unica silueta que apenas se desvanecía era la venerable del marqués, por dar de lleno sobre ella los fulgores de la lámpara. Manteníase en pie, acariciando de tiempo en tiempo sus guedejas nevadas y sus barbas luengas. Con el cabello albo, que le señalaba casi monacal tonsura, su rostro, en la quietud honda del interior severo, recordaba los de esos apóstoles que aún se ven en cuadros muy antiguos, sobre las negruzcas paredes de alguna sacristía conventual.

XVII

Por una de esas burlas del sentimiento, aquella paz de la iglesia sugería en el cerebro del mozo las imaginaciones más inquietantes.

Carmela engalanaba casi todos sus ensueños; pero nunca, como entonces, se le apareciera revestida de esas cualidades con que la tentación adorna sus visiones. Hasta aquel momento, allá en lo hondo del alma, sólo la había fingido al igual que en la vida. Ahora sufría imaginándola de manera como ni por azar esperaba verla nunca.

Miedoso del sesgo de sus soñares quiso ir hacia otras visiones y aquélla interrumpíase, como si se mostrase á través de un cristal oscilante. Las ideas revoloteaban por su alma en horrorosa lucha con la voluntad. No se descuidó el mozo; pero aquellas ideas maldecidas continuaban girando, girando, sin que sus esfuerzos lograsen detenerlas un sólo instante.

Tal estado de ánimo hubiera hallado símbolo bien cumplido en el protagonista de cierta leyenda oriental. Es un triste pajarillo, enamorado de las flores, á quien sueltan en un terreno traidor, donde millares de corolas, prendidas á tallos débiles, se entrelazan ocultando las bocas de simas profundas. Le han cortado las patas, viéndose en precisión de volar sin descanso. El aire es caliente... Y el triste pajarillo sabe que al detenerse sobre alguna de aquellas flores, la flor se doblaría dejándole rodar hasta lo más hondo del abismo.

El mozo adivinó allí toda la intensidad de su amor hacia Carmela, viendo que la amaba como á ningún otro ser. Su cariño, lejos de darle goces, producíale bien dolorosas sensaciones; y sin embargo no execraba aquel sentimiento que le hacía aromar con perfumes de culto la imagen de una mujer. En su alma el recuerdo de los más grandes amores, á la luz del amor presente, se debilitaba, esfumándose sin dejar casi huellas. La mujer adorada lo era todo para él. Como sus fiebres la creyesen buena, se vió capaz de las más nobles acciones. Luego se la mostraron cruel, y no le horrorizó la idea del crimen, si los labios ó los ojos de Carmela lo ordenaban.

Su inconsciencia hacíale acariciar aquella rosa que había recogido de sobre el polvo de la vereda. Parecíale hallar entre los pétalos algo de la mujer amada, como si

en el aroma de la flor hubiese dejado algo de su esencia.

La llevó á los labios, desvaneciéndose casi al aspirar el perfume. Después la besó, con un beso largo, con un beso cruel...

Hacíase cada vez más intensa, más honda y más grave la calma del templo. Aquella mujer que todos vieran rezando á los pies del Cristo, reponía ahora el aceite de la lámpara. Los señores iban á salir. Carmela, con andar de mortecinos ecos, pasó al lado de Amaro. Entonces subía ya la lámpara, y las sombras del grupo, proyectadas sobre el pavimento, alargáronse girando, girando lentas, hasta que la de Carmela y la del bohemio vinieron á confundirse.

XVIII

Amaro, juzgándose sin fuerzas para vencer su amor, dejó dominarse. Aquel sentimiento de su alma no era esa aspiración ideal que llena los años de la juventud, aromando toda la vida futura. Era un deseo indefinido, de algo terrenal, de refinadas sensaciones, de voluptuosidades gigantescas. La sola visión de Carmela atraíale con alucinaciones de vértigo. Todos sus sueños de adolescente, todos sus ensueños poblados de vírgenes desnudas encarnaban en la ideal desnudez de aquella dama. Y al

verla, sentía leves desvanecimientos, como si su alma entera se aniquilase al fulgor de los ojos negros donde rebrillaban las miradas con luces abrasantes...

Llegó el día de la fiesta. Mediaba la tarde y mientras los señores reían sus cuentos, terminada la comida, él salió solo hacia la iglesia. Iba abstraído en hondas meditaciones, preguntándose á veces por qué su amor, de ser invencible, no era casto; así le atormentaría menos... Al andar, levantaba una polvareda asfixiante. Como en un rebrillar de luces intensas, de pronto sintió cruzar por el alma un recuerdo de la víspera; acababa de reconocer el sitio donde encontrara aquella rosa prendida antes sobre el pecho de Carmela. Luego otra remembranza se entrelazó con ésta. Carmela, al pasar por allí, cuando todos volvían hacia el palacio, mirara al camino sonriendo, con sonrisa alegre, casi burlona...

Cuando llegó junto al atrio los rayos del sol morían ya, sin fuerzas, sobre las cumbres de los montes, inflamando los cristales de las ventanas en algún alto caserío. Sólo aldeanos había en el soto de robles centenarios. Vestían todos el pintoresco traje de la montaña, hecho con lana cardada y tejida por abuelas de cabellos blancos, en las noches largas.

Al son de la gaita trenzaban aquellos mozos sus danzas de pagano abolengo, y Amaro oía los sones de la música, como ecos de otra música más débil, más lejana. Tenían para él ese valor tan hondamente poético de todo lo que se desvanece, de todo lo que se esfuma, de todo lo que muere... Y aquellas notas suaves, como voces de una raza arcáica, al diluirse en el aire imitaban el rumor de la brisa entre las cañas de las mieses, el susurro de los arroyos cuando la noche llega, el desperezo del

viento que pasa aullando entre las grutas de las montañas...

XIX

La serenidad de aquella alegría iba librando al mozo del peso de sus ideas, que se esfumaban como á los rayos del sol esa neblina de algunos amaneceres.

Una sombra, sin embargo, obscurecíale el azul del alma. Deseaba el pobre hundirse en las dulzuras del olvido, y sólo conseguía avivar la llama cruel de sus pensamientos. Pasaban ante él las mozas de la romería con sus dedos enlazados, y aunque solían mirarle, era con miradas llenas de indiferencia, desdeñosas, sin curiosidad. Por lógica impulsión, el sentimiento

de rebeldía que duerme en el fondo de todas las almas, irguióse en aquélla dominador y bravío, dejando ver al mozo una esperanza, aún indecisa, sobre los desolados eriales de su ensueño. Quizá aguardaba ser reconocido, oir alguna palabra cariñosa, ver entre tantos rostros, uno que le sonriese con sonrisas de amistad. Era un dulce delirio de su alma pródiga de amor que ahora venía á mendigarlo; era una quimera vaga y dolorosa...

Pero las mozas seguían indiferentes ante él, y el bohemio, viéndolas pasar, gustaba las más amargas hieles del desengaño. Tiempo después, algunas quedáronse mirándole, aunque con miradas ligeras, miradas candorosas, que huían el fulgor de las suyas. Luego oyó cómo una de las mozas murmuraba en voz baja:

—¡Ha venido con los señores de Amandel

La voz aquella llegó á él inundando sus venas de una cálida alegría de vida. Guia-

do de un ardiente deseo quiso ir hacia las mozas; pero unos labriegos se les acercaron, y él no osó moverse. Ahora, dudando reconocerlas entre la multitud, las veía marchar con el alma inundada de pesadumbres. Las veía como á seres adorados, que se van para no volver...

Sones de música volaban aún por el aire. La luz del ocaso hacíase cada vez más débil, y sobre la arena bailaban las mozas en hileras grandes. Se acercó. La que había parecido conocerle no debía saber danzar. Inmóvil, cerca del corro, acogía su callado saludo con sonrisa leve y pálida. Era una lugareña de labios gruesos, con los carrillos asoleados y las carnes ceñidas: recordaba esos bronces que dejó la antigüedad pagana como símbolo de sus más amables ideas.

Lleno el corazón de saudades, dolorida el alma, el mozo iba hacia allí en busca de consuelo. Su inconsciencia hacíale ver hermosuras sólo vivas en lo hondo; pero la

ilusión, al realizarse, no hubiera sido con él más humana. Creía en una acogida cordial. Miró á la mujer llena de vida, llena de salud, y la halló hermosa, con hermosura enérgica. Hubo un gran silencio. Ella, sin volver el semblante, sonreía. Sonreía de un leve modo acariciador; pero muy pronto una nube de supremo cansancio veló más y más sus facciones obscuras. ¡Algo de aquella expresión debía haber en los rostros de los antiguos siervos de la gleba que eran hijos de una larga raza de siervos! Amaro nada vió de aquéllo, y entonces era dichoso. Cerca ya de la moza, dijo tímidamente, casi sin voz:

—¿No bailas?

La moza le miró en silencio, y en silencio arriesgó un paso hacia los que danzaban. Olas de vergüenza colorearon las mejillas de Amaro.

—¡Yo no sé bailar! ¡Créeme que no, mi alma!..

Se ahogaba. Le invadió un sentimiento de piedad inmensa. Parecióle que la había ultrajado. Ella debía considerar sus palabras como una burla. La miró lleno de miedo; y donde creía hallar reproches, sólo halló esa expresión grandiosa de los ídolos, que con igual serenidad acogían los halagos y las censuras.

Prolongábase mucho aquella danza, y el bohemio creyó cercano el gemir de los sonidos finales. Un poderoso afán le guiaba hacia la moza. Temía verla ir con alguno de los romeros. Temía, como nunca, quedarse á solas con sus ideas, que velaban aún, dispuestas á morderle en el alma. Casi al oído de la mujer, dulcemente, con voz armoniosa, dijo:

—¿Eres de aquí?

Ella, siempre grave, extendió un dedo, y respondió:

—No; soy de una aldea que hay en la otra banda de aquel castro.

Señalaba hacia donde muere el sol, y sus perfiles rudos inscribían una mancha inmóvil sobre el cielo blanco del anochecer. Cesó la música. Sus ecos, al desvanecerse, remedaron la vibración dolorosa de un gemido que se escucha en el silencio. Olores de lino llenaban el aire. Las lugareñas pasaban sonriendo con malicia á la moza. Luego ella dirigió al bohemio una larga mirada de aquellos sus ojos mansos y negros, donde todo parecía adormecido.

—Tengo que ir en busca de mis vecinas. Ya va llegando la noche...

—¡Aguarda!

—¡No puedo!

—¡Aguarda!

—¡No puedo, de verdad! Ven conmigo si quieres.

XX

En silencio comenzaron á recorrer el bosque, donde ya indecisas gasas de sombra, como leves penumbras de sombras leves, iban engarzándose á las ramas. Algunas mozas y algunos mozos venían hacia los dos con animado griterío de risas, y sus gorgeos, hacecillos de sones suaves, eran como un dulce pregón de alegría.

Una, al llegar, exclamó:

—Va siendo hora...

—¿Queréis ya marcharos?

—Sí, Amalia, que muy luego se hará obscuro...

Los lugareños, al oirlas, sonreían con picaresco sonreir, y uno dijo:

—Obscuro, no. Por desdicha hay luna...

—Debemos irnos.

—Aguardaos un poco.

Por sobre la hierba del bosque iban callados, recogiendo en los valladares la caricia de alguna rama, que avanzaba débil, para luego quedar estremecida. Otra de las mozas decía ya que era tarde, que había llegado el momento de marchar. Todos asintieron. Los pájaros arremolinábanse volando bajo el azul, y eran como pavesas que ondeasen á merced del viento. Los árboles gemían dulcemente la divina sonata del crepúsculo...

Amalia encaróse con el mozo:

—¿Tú qué camino llevas?

—El vuestro, si mi presencia no enoja.

—Claro es que no, pero tú vives en Amande,..

—En Amande.

—Pues no es camino de esa casa el camino de mi aldea.,.

—¡Qué más dá!... ¿Dejas que te acompañe?.

—¡Asús, hombre; sí!

Bajo la indecisa claridad del ocaso aquellos mozos iban de dos en dos, á lo largo de un sendero cuyas lindes llenábanse de flores y de hierba: verdor umbrío, salpicado con níveas manchas blancas y con obscuras manchas rojas. Caminaban arredrándose las ramas que sobre la vereda venían á enlazarse, y enmarcada en los valladares, tenía mucho de arcáico aquella visión: recordaba esos romeros de las leyendas, encaminándose en el tiempo antiguo, hacia algún santuario donde se venera una imagen milagrosa.

Cada mozo habíase enlazado á su pareja, y Amaro, viéndolos así, deseaba hacer lo mismo, sin acabar de arriesgarse. Por fin, no sin recelo, vacilando aún, mirándo-

la en largo y suplicante mirar, rodeó con uno de sus brazos el talle de la moza. Creyó ver sobre su rostro algo que condenase aquella osadía; pero sólo hallaba la expresión eterna de indiferenciay de cansancio.

La luz del atardecer hacía más ideal, más amable la hora; y el mozo, al lado de la mujer, experimentaba sensaciones que no hubiera sabido explicar. Eran sacudidas bruscas, en los nervios; y en el alma, caricias de vagos aromas. Creyérase que su vida se diluía en un mar inmenso, por veces abrasado y por veces glacial.

Cerró la noche. Considerando nuevamente á la moza pudo verla, más bien adivinarla, como desvanecida. A la luz de la luna sus ojos habíanse agrandado y las miradas eran hondas, llenas de mansedumbre y de serenidad. La halló hermosa, con hermosura deslumbradora y grande, sin comprender que evocaba reminiscencias de visiones sólo adormecidas en el re-

cuerdo. Por obedecer la voz de sus ansias invencibles y hondas susurró al oído de la esfinge decires cálidos de emoción, alabanzas de su hermosura en una verba delicada, que se hizo ardorosa é implacable como desahogar de arroyo en días de crecida. La moza escuchaba sonriendo, y su sonrisa era como la de una diosa entre los perfumes del culto.

Solían detenerse. Los otros mozos, desvanecidos en las vaguedades del luar, veíanse en la distancia como esas sombras de que hablan las consejas. Lacerado por lumbres de inmenso abrasar, Amaro clavaba sus ojos en los ojos de la moza y ceñía con ansia su cuerpo, sin creer acordarse de Carmela. Sacudióle un brusco afán emergiendo de la dulce melancolía que bañaba su alma y sin detenerse, con los ojos nublados, besó largamente aquella boca de labios carnosos, de labios sin expresión.

Pero la llama del deseo moría ahogada casi al nacer. Los aldeanos dieron al aire el nombre de Amalia y el mozo, como arrancado de un dulce soñar, volvió á sumergirse en las sombras densas de sus pensares. Veía de nuevo la imágen de Carmela, sus miradas llenas de luz, sus cabellos olorosos, sus carnes blancas y nacarinas, viendo á la vez las carnes obscuras y quemadas de la moza, su mirar sombrío y sus pompones enmarañados y lacios, con olor de heno...

Hubiera querido que le dejasen solo, para gozar intensamente de su ilusión. La realidad le pareció grosera. Callaba, y sus ojos creyérase que miraban errabundos... Vió á la dama cuando su boda. La vió embellecida con esa hermosura cándida de las vírgenes, llena de amor hacia el hombre que iba á llamarla suya. Pero luego, asombrado de su idea, ahogó un sollozo.

—¡Enamorada!

Le parecía imposible, inhumano, cruel. Como si alguien hubiese dicho aquello, miró en derredor con miradas de demente y sus ojos, sus hermosos ojos color de turquesa, relampaguearon con una luz sombría; una luz donde brillaba el resplandor azulado de dos puñales que flamean al claro de la luna. Y en voz desvanecida y ronca, dirigiéndose á la moza, exclamó:

—Llama por las amigas.

Ella le miraba indecisa y él repitió casi colérico:

—¡Déjame!...

—¿Te ha dado algún mal?

—No, pero busca á las amigas..... Déjame.

Quedó solo. La luna inundaba el paisaje adormecido y sereno.

XXI

Al recuerdo de aquel lance las pupilas del mozo se animaban con un alegre llamear. Era el suyo contento de anacoreta que venció las tentaciones, y la imagen de Carmela se le aparecía siempre, destacando, lúcida, sobre un fondo de tinieblas.

Si allá, en la romería, hubiese calmado la sed á presencia de la carne moza encendida, su amor, el verdadero amor con que se le llenaba el alma, lloraría ahora, viendo roto el encanto de su misterio.

Adivinaba ya como no era un sentir mo-

mentáneo, de fácil extinción, aquello que ligaba su vida á la vida de Carmela. No; era algo que, lejos de morir, ni se aminora, ni se desvanece. Apenas vivía ya en sus ensueños la zagala color de bronce y en cambio lo era todo allí Carmela, con su mirar ardoroso, lleno de fulgores malignos, y su sonreir, siempre maldecido y siempre adorado.

Ni aún junto á Amalia dejó el pobre de verla, ya lúcida como en la vida, ya sin relieve como en el ensueño. La moza sólo avivó una llama que Carmela había encendido y Amaro veía ahora cómo el recuerdo de su amor no le dejó nunca en abandono. La imagen de aquella moza desvaneciérase ya y la de Carmela iba acusándose, acusándose en su alma...

Y al ver acercarse el momento de la separación más intensamente dolorosa era la angustia del mozo, Su existencia, en lo porvenir, veíala falta ya de objeto, seme-

jante á una larga noche sin resplandor de astros ni esperanzas de un nuevo sol. Pero entre todos sus dolores mas le torturaba la convicción de que Carmela jamás había de saber cuanto él sufriera por amarla, cuanto estaba sufriendo, cuanto aún tendría que sufrir. Nada esperaba de ella, viendo lúcidamente su insignificancia para merecer el amor de tan gran señora. Pero á veces, sín embargo, asaltábanle ciertos deseos, tímidos, como un afán inconcreto, que muy pronto se desvanecían. Sin pedir correspondencia bien podía exteriorizar ante la dama lo hondo de sus sentimientos. ¿Era culpable si el corazón enemigo caminaba hacia la muerte por una senda que sólo debe buscar la vida?

Pero entonces hallábase sin fuerzas, ni aún para abandonarse haciendo que Carmela pudiese leer en aquella alma, llena con su imagen como de un resplandor glorioso. Ante ella, por el contrario, esforzá-

base en aparecer sereno, indiferente, alegre...

Sentado en el poyo de la ventana miraba hacia el paisaje y parecía no verlo, absorto en otras contemplaciones. Sobre la campiña llena de sol corrían amenudo las sombras de los pájaros que cruzaban el cielo, y el agua plañía en lo hondo, con alegre son. Era de gran calor la tarde y sin embargo, mirando al río, espumoso y blanco, gozábanse dulces sensaciones de frescura. Mas arriba veíanse en escorzo las murallas señoriles, cubiertas de musgo rezumante. Su sombra caía en augusta estabilidad sobre el camino encharcado, y entre la sombra rebrillaba el intenso verdor de los juncos.

De pronto el bohemio, mirando á lo lejos, vió con dolorosa sorpresa que adelantaban hacia la Torre algunas caballerías guiadas por una mujer. Luego un murmullo de sedas que crugen le hizo volver el rostro.

Era Carmela que cruzaba la estancia. Su esbeltez parecía evocar recuerdos de esas castellanas feudales que tanto abundan en la literatura romancesca. Con regio ademán contestó al saludo del mozo desapareciendo enseguida. Su paso dejó en el aire algo así como una estela de aromas y de sonidos. Y ya el hombre entornaba sus ojos, para mejor guardar la impresión de aquel momento, cuando ella se volvió grave, casi melancólica:

—¡Nos vamos mañana, al rayar el día!

Los labios del mozo plegáronse en una contracción doliente. Sólo pudo decir:

—¡Mañana!

Ella desapareció. Amaro distinguía ya á la guiadora de las bestias. Era la vieja á quien halló adormecida junto al hogar, la noche en que llegó al caserío de Lousada. Supuso que en aquellas caballerías irían la dama y su marido hasta sus tierras.

XXII

Estaba lívido. Tenía las manos temblorosas; sintió los ojos llenos de lágrimas. Procurando serenarse fué hacia los miradores. Su pecho dilatábase á impulsos de un sollozar contenido, extrangulado. Tenía la boca llena de hieles. Le pareció que una nube densa aminoraba la luz del sol.

Desde el nacimiento de su amor había vivido en un estado de dulce inconsciencia. El ignorar cuando llegaría el instante de la separación librárale hasta entonces de aquellos nuevos martirios. Pero ahora, sin

velarse, resplandeciente, con toda la fuerza de una lanza encandecida en las lumbres de Satán, entraba, de pronto, la desdicha en su alma. Perdió la noción del tiempo. Llegó á creer que en un segundo, habían transcurrido horas, muchas horas. Monótonamente, decía sin conciencia de su decir:

—¡Mañana!... ¡Mañana cuando amanezca!... ¡Mañana!

¡Qué pronto la luz de su vida iba á fundirse en una eternidad de tinieblas! ¡Qué pronto se agostaba en su alma, al paso de un viento traidor, el jardín de las ilusiones! Sumido en sus tristezas continuó apoyado sobre el alféizar algunos instantes más. ¡Ella estaba allí, en aquella otra cámara, traspuesto un cortinón de velludo! Quiso verla, entonces; quiso saciar sus ojos en la contemplación de la hermosura adorada. Y sin meditar disculpa, sin conciencia de lo que hacía, ébrio de amor y de pesares

se levantó bruscamente, haciendo crugir la madera del entarimado. Pudo franquear la entrada en silencio. Vió á Carmela, allá, en el fondo, ante un espejo, atareada en prender con alfileres, sobre la tela que cubría sus hombros, el pechero de un delantal. En virtud del esfuerzo, los brazos desnudos, encendíanse con una llama rosa, de nacarinas transparencias; el cabello desbordábase en ondas sobre la espalda... Amaro vió todo aquello en un momento. Quiso salir y entonces Carmela, le llamó sin mirarle, con voz de tonos lánguidos, sonnolientos, como un arrullo:

—Préndeme este alfiler. Yo no puedo...

El lo recibió temblando, y con esa emoción de los instantes supremos, obedeció á la dama, que jugaba distraida con los objetos del tocador. Primeramente rozó con las yemas de sus dedos las sedas Y temiendo lastimar la carne de la diosa invirtió largo tiempo, vacilantes las manos,

puesta en su labor toda el alma, con minuciosidad escrupulosa, con veneración. Cuando hubo acabado, la dama le alargó un segundo alfiler.

—Para el otro hombro, Amaro.

De la onda sedosa desprendíanse emanaciones tibias, delicadas. Amaro hundía su alma en aquellos perfumes. Una vez distinguió los ojos de Carmela sobre el cristal. Brillaban con luz tenebrosa y sintió un escalofrío al mirarlos. Mientras prendía los alfileres encorvábase, hundiendo su rostro en la crencha obscura... Y ahora veía algo que antes la emoción y la sorpresa no le dejaran apreciar. El escote, en virtud de la posición que la dama guardaba al inclinarse, abríase descubriendo en toda su desnudez los senos, turgentes y blancos, con esa blancura de las magnolias que abrasa el estío. No pudo más. Sus nervios vibraban como cuerdas de bandola en tensión suprema, haciéndole vacilar las ma-

nos, entornar los ojos, encendiendo con ardores de fiebre toda su sangre. No pudo más. Sin darse cuenta, casi loco, dejó que sus labios se alargasen hacia la desnudez imponderable. Y sobre los hombros, sobre aquellos hombros donde había la blancura de los lirios, la blancura de la nieve, la blancura del mar al quebrarse en las rocas, posó sus labios... Fué un segundo no más; los retiró enseguida, como si hubiera sentido en ellos una impresión candente.

Comprendía ahora todo lo atrevido de su proceder. Pero antes que la dama pudiese contestar á aquella locura, la entrada de su marido hízola mantenerse en silencio. Poco después Amaro salía de la cámara y sobre el umbral detúvose un momento, mirando hacia el fondo. Carmela hablaba con su marido. No le vió. La expresión de aquel rostro era serena, con la serenidad absoluta de los lagos en calma...

XXII

Amaro estaba en la cocina. No quiso ir donde los señores y hubiera deseado no ver más á Carmela, creyendo hallar resplandores de enojo en sus miradas. Temía el pobre aquel enojo como los místicos deben temer un anatema y cuando le buscaron para cenar disculpóse alegando una leve indisposición. La vieja que había venido con las cabalgaduras estaba allí también. Habíase puesto á hilar un copo de lino y allí se oía unas veces el rumor de la leña que crepitaba y otras veces el del huso,

constantemente agitado por aquellas manos temblonas.

Hablaban la vieja y el rapaz, y la vieja, sonriendo con su boca sin dientes y con sus ojos cargados de malicia socarrona, dijo al mozo que le iba á contar un cuento.

—Es un cuento de amores, rapaz, y puede que te interese...

Y comenzó la abuela sabedora á decir mientras hilaba:

—Es noche aún. Las estrellas lucen todas en el cielo y al reflejarse sobre las aguas osbcuras del río oscilan lentamente...

Y la vieja, con su voz humilde y arcaica, describe el paisaje. Y, según el decir de la abuela, dan todavía vagas sensaciones de temor los matorrales y las hondonadas encantados con el misterio de la sombra. El agua gime en el río, llora en los regueros de las brañas y susurra quedos decires bajo la hierba. Sus ecos hacen más

grave y más solemne la melancolía de aquel amanecer aldeano.

Oyense luego agrios rumores allá en lo hondo y sobre el umbral de una puerta que se ha franqueado surge, muy desvanecida, una sombra... Ya todo anuncia que el día llega triunfal. Un dulce claror tiñe de blanco las crestas de los últimos montes, se oyen gorjeos, y la voz de las aguas, más sonora y más alegre, vibrando en la paz de la mañana, imita un contínuo rumor de astillas de cristal que se rompen una á una.

La claridad del alba va aumentando y casi no se ven estrellas; desvaneciéronse para al corto rato no brillar y sólo queda el lucero, como un diamante colosal en la altura y como una víbora de luz sobre el arroyo. Los árboles, con sus hojas húmedas de rocío, comienzan á reflejarse en la corriente.

Aquella sombra, minutos antes indecisa,

es ahora una zagala de corta edad, que tiene los cabellos obscuros y las mejillas doradas por el sol. Hila silenciosa un copo de lino moreno... Parece triste; mueve el huso con desmayo y alzándose sobre sus pies, que calzan madreñas, suele mirar anhelosa hacia una senda de muy allá.

El paraje es de bien reducidos horizontes: un molino con los umbrales enharinados, con hierbas en sus aleros y agua alrededor; un puente hecho de maderas tendidas sobre dos troncos; y en las orillas del río, que muy pronto da una vuelta, grandes matorrales de espesa urdimbre. Un sólo claro, muestra hacia el fondo, la lejanía. El alma de aquel paisaje humilde parece ser el agua que lo surca entero. Tiene el arroyo, dulcemente mecido, un corto remanso, y allí aprisiona cierto peñascal cubierto de verdura.

Recostada en el quicio, la moza sigue inmóvil, con los labios mudos y los ojos

como durmiendo sobre las cuencas color de violeta. Sus manos agitan, ora lángidas, ora febriles, el huso, y á menudo van á hundirse en el seno, donde se guardan algunas hierbas de virtud.

Son tres hojas ya secas, que llena de temor ha recogido al mediar la noche en tres sepulturas del cementerio. Aquellas hierbas fueron después salpicadas con el agua bendita que se guarda en los caseríos y quien las lleve ha de verse libre de todo mal si camina hacia tierras extrañas.

Dentro de la casucha crugieron un instante las maderas del entarimado. Luego una voz dice entre malhumorada y agarimosa:

—¡Ey, nena!... ¿No ves que es hora de echar el grano?

—¡Ya, mi madre!

Desaparece la niña en el interior sombrío, y bien pronto se escucha el zumbar

monótono, continuado y quedo de las piedras, que, ya destrabilladas, van tronzando lentamente granos y granos de maiz.

El amanecer es de estío, lleno de aromas, de frescor, de murmullos... Retorna en breve la zagala, y su primer cuidado es mirar otra vez hacia lo lejos, mientras el huso sigue girando entre sus manos. Sólo interrumpe aquella labor para atender á las preguntas de su madre. Tan aina como esto hizo ensilencia y vuelve á hilar. Poco á poco llenan el ambiente olores de retama, de tojos en flor, y á menudo perfumes de tierra removida.

La zagala recuerda todos sus temores y sus sustos allá en la noche, saltando el valladar del cementerio para recoger aquellas hierbas de virtud. Algunas luces azules corren fugitivas detrás de ella, llenándola de miedo...

Y pensando así, el mirar aterrorizado de la moza viene de pronto á animarse con

destellos de una alegría fugaz. Sobre aquel camino que muy lejos blanquea entre verdes hierbazales, ve como adelanta un grupo de gentes. Es todavía confuso manchón y á poco advierte que algunas de aquellas gentes vienen á caballo y otras á pié. Vienen allí, con ellas, algunos segadores. Distingue ya las hoces envueltas en briznas y el hato de ropa á la espalda. No son estos los que la moza espera, pero el que és esperado viene también allí. La moza acaba de ver su melena rubia que brilla entre los rayos del sol como las luces de una antorcha. Las gentes aquellas vienen hablando, y, como la mañana es silenciosa, su griterío llena el aire de ásperos murmullos.

La moza, entonces, da paz á las manos, hace choclear sus madreñas sobre la tierra húmeda y corre hacia un ribazo, deseosa de ver... Los segadores continúan adelantando, lentamente. Desde allí escú-

chase el monótono renquear de las piedras dentro del molino entrelazado al gemir saudoso de las aguas. Hay ya en el aire ecos de canciones y á menudo rasgan sus ondas los violentos chirridos de alguna carreta Tras corto instante, sólo se oye la voz de los guiadores hablando á sus bueyes; voz cadenciosa y lánguida.

Hasta el grupo hay gran distancia y la moza advierte, sin embargo, que algo extraño sucede á las gentes que aguarda. Aunque las ve bien sobre la tierra gris del camino, no se las ve avanzar. Más bien parece que se alejan... Y así es. Aquella mancha va desvaneciéndose sobre el fondo verde de los prados; se hace más confusa y más débil de momento á momento. Luego ya no se vé. Ha desaparecido tras largo robledal y la moza se siente inundada de pesares. Su angustia de entonces es como una serpiente cruel enroscándole al corazón los anillos.

En el silencio de la mañana dilúyese ahora una voz...

—¡Que ya las piedras giran sin grano que moler!... ¡Ven corriendo!... ¡Corriendo!...

La moza obedece. Mientras camina pasa el aire ante ella blandamente mecido por vibraciones lánguidas de algún lejano cantar. El sol ríe ya sobre los altos montes coronados de nieves perennes y sus rayos atraviesan como hilos de oro por entre las hojas de los árboles, abrillantan el agua en el arroyo y hacen del rincón oculto entre zarzales una gruta de país encantado...

Llega ya al molino, pero antes de trasponer los umbrales, llévase un momento á los ojos una punta del mantelo: aquel su mantelo aldeano, hecho con lana por ella misma cardada y tejida al amor de la lumbre, durante las noches de todo un invierno...

El cuento de la abuela acabó aquí, dejando al mozo largo rato pensativo, llena el alma de un grande amargor. La anciana dió por sabido que Amaro adivinara ya quien es la zagala que espera, y quien es el mozo, y qué día sucedió cuanto ella acababa de contar. Y luego de haber hablado, añadió:

—A la pobre Aura se la ve todos los días llorar por tu vuelta sobre las veredas, y las rosas bermejas de su faz se han vuelto blancas. No habla ya con los mozos, ni va á las casas donde se hila el lino, ni va á las fiestas... ¡Tu, mozo, volverás á Lousada, para alegrarla el vivir!...

—Yo no se si algún día volveré por aquellas tierras; pero diga á la moza que no se acuerde de mí si quiere tener alegría...

—Alegría ya no la tiene, ni la tendrá en mucho tiempo. ¡Háblala, mozo, y verás que aina se cura de aquel su mal.

—De esa suerte sólo conseguiríamos ha-

cer á la rapaza más desdichada. ¡Créame á mí, abuela!

Y Amaro salió de la cocina, lleno de amargores, pensando en las crueles burlas que el destino guarda para ciertas almas en su peregrinación por la vida...

XXIV

Encerrado en su alcoba, pensaba todavía en cuanto le había dicho aquella anciana, y pensaba en Carmela, con honda melancolía.

El reloj del palacio oíase contando las horas, y su sonido bronco, acentuado por las resonancias, llegaba hasta allí como un toque lúgubre.

Acostóse el bohemio en medio de una angustiosa intranquilidad que le estorbaba todo reposo. Oyó todavía metálico ruído en el comedor, vibraciones de cristal herido

con algún débil golpetazo, ecos de risas. Pasó una hora. Todo había quedado ya en silencio. Sólo se oía el tic-tac del reloj, lento, pausado, uniforme... Los lances del día revoloteaban con exagerados contornos en la memoria del aventurero. Apagó la bujía, quedando la estancia á merced de la luna que la llenaba de temerosa luz. Muy tarde ya, tranquilizándose algo, quedó sumido en uno de esos sueños ingrávidos y sútiles, que parecen hallarse al acecho de una ocasión para huir.

De pronto, un eco lejano le despertó bruscamente. Reconcentró, entonces, toda su atención para mejor escuchar. Nada se oía. Aquel eco, sin duda, habíalo fingido su imaginación.

Quedó anhelante, tendido sobre el lecho, sin sueño ya. La imagen de Carmela vagaba en su fantasía con caluroso y enérgico relieve. Pasó tiempo. Amaro creía aspirar, junto á la dama, el perfume de su car-

ne olorosa. La veía ante sí, completamente desnuda, con los labios ansiosos de besar, de ser mordidos, con los ojos destellando incendios, con los senos erectos, brindando amores insaciables... Ni un momento siquiera se acordó de aquella niña que lloraba por su vuelta sobre los caminos...

De pronto, un ruído débil, sonó al otro lado del tabique. Amaro irguióse, escuchando con ansia, puesta el alma entera en aquel momento. Luego todo volvió á enmudecer. Aquel ruído sería de las maderas, crugiendo al paso del viento... La temerosa luz de la luna continuaba llenando la estancia. Pero el ruído volvió á oirse. Y después la puerta, silenciosa, como si protegiese un secreto, se abrió lenta, lentamente, y una silueta arrogante, que casi se desvanecía en la sombra, adelantó con andar cauteloso, cerrando las maderas tras sí.

¡Era Carmela! Amaro la reconoció enseguida, la adivinó su alma. Y sin sentir extrañeza alguna, como si hubiera esperado su aparición, loco de deseos, hambriento de su carne, se abalanzó hacia ella; la estrechó fuertemente entre sus brazos... Y los dos cayeron, besándose sin desunir las bocas; besándose con besos largos, con besos afiebrados, con besos casi dolorosos...

XXV

Reclinados sobre los almohadones hablaban ahora en voz muy queda. Sobre los hombros de la dama caían, deshechos, los cabellos y en la onda sedosa hundía el mozo su faz, aspirando con ansia el aroma inolvidable. A la caricia del luar los ojos de Carmela parecían llenos de alma. Eran unos ojos ideales, como sólo se ven en las vírgenes de la antigua pintura bizantina. Los labios del bohemio recorrían aún aquellos hombros, besando sobre la carne desnuda las venas azules y las randas olo-

rosas. Con un largo suspiro Carmela quiso despedirse. El la oprimió entre sus brazos, bruscamente, con rabia y con amor:

—¡Aguarda, Carmela, aguarda!...

—¡No puede ser!... ¡Temo que despierte mi marido!

Con los cabellos caídos y los ojos sin luz, la dama parecía una visión de ensueño. Casi ahogándose al hablar, añadió:

—¡Adios, Amaro, adios!

El bohemio la estrechaba cada vez con ansia y ahinco mayores. Carmela, llena de miedo, decía una vez y otra: ¡déjame!... Y al luchar por desasirse, su talle se alargaba y se encogía, retorciéndose en el nudo de los brazos como el cuerpo de una serpiente mansa.

—¡Déjame!... ¡He tardado mucho!... ¡Temo, de verdad, un serio lance!... ¡Déjame!

Los brazos del mozo cedieron. Al verse libre, la dama murmuró nuevamente un

adios hondo. El hombre vino hacia ella; y muy humilde, con voz adolorida, gimió:

—¿Cómo hemos de hacer para vernos? Porque nosotros hemos de continuar viéndonos. ¿No, Carmela?

Ella le escuchaba muda y sombría.

—¡No, Amaro!

Lo dijo sin mirarle, casi hosca y con voz que parecía deshacerse, con voz ahogada en los sollozos. Al oirla desgarrábase el alma del bohemio. Mimoso, después, quiso ir hacia la dama, que le detuvo alargando en la sombra una de sus manos. La voz del mozo agitóse con vibraciones roncas:

—¡Es demasiada crueldad!

Carmela sentóse otra vez. Sus cabellos obscuros eran como una sombra sin líneas y sin relieve.

—¡No, Amaro! ¡No es crueldad! ¡Crueldad nunca!... ¡No me comprendes, Amaro!

—No digas que no te comprendo ¡Hablo de vernos otras veces, y respondes, se-

camente, que no! Quiero acercarme á ti, y me huyes como á un lázaro cuya presencia asquea... ¡Se sincera! ¡Di que no me amas! ¡Di que no me has amado nunca!

Carmela sólo parecía preocuparse del sonar de las maderas, aunque crugiesen en muy débiles rumores. De su hermosura casi no se veían más que los ojos, los ojos negrísimos, cuyas luces se hundían en el alma del bohemio como dardos abrasadores y venenosos. El cabello dibujaba en torno á su faz un marco de sombra. Muy débilmente, murmuró al oído del mozo:

—¡Me ofendes dudando de mi cariño!

—¿Cómo no dudar, Carmela?

—¡Pues no debieras hacerlo, no!

El comenzaba á creer que la actitud de la dama era hija solamente de ciertos escrúpulos, y queriendo desvanecérselos se acercó á ella, besándola. La dama no le huyó; pero sus labios cerrábanse, crueles, bajo los besos de Amaro.

—¡Bésame, Carmela, bésame!

Sumisa, abrasó con su boca la boca del mozo, acariciándole la melena, ondeante y sudorosa. Sobre el cielo, á través de los cristales, aún brillaban las estrellas, con fulgor débil. En la imaginación del bohemio todo se desvanecía ya: todo se tornaba ingrávido, fugitivo. El canto de un gallo madrugador les hizo estremecerse. Carmela, oyendo aquel ruído, murmuró:

—¡Qué tarde es!

Pero sofocada bajo los besos enmudecía, dejándose acariciar, acariciando también al mozo. La ola de la pasión mecíase nuevamente sobre aquellas dos almas que parecían vagar en regiones de ensueño, donde sólo por alegrías de amor se rie, donde sólo por tristezas de amor se llora. El mozo casi olvidara ya las palabras con que Carmela tanto le había hecho sufrir. Recordándolas ahora, si bien desvaneci-

das, exclamó, como si evocase una idea lejana en la cual ya no se cree:

—¡Decir que no volveríamos á vernos!

Ella, indecisa y muda, le miró con largo y compasivo mirar. Luego, acercándose dijo:

—¡Y es verdad, Amaro!... No volveremos á vernos!

Irguióse el mozo cubierto de mortal lividez. Sus ojos, en la penumbra, debieron rebrillar muy fieros, cortantes. Rechazando á Carmela, enronquecida la voz, ahogándose casi, mordió las palabras:

—¡Pero dime por qué! ¡Dímelo! ¡Dime por qué!...

Ella quiso acercarse más; quiso embriagarle con una sonrisa, y la sonrisa nació pálida y enferma, como el sol de los días invernales. El mozo rechazó sus brazos. Anegada en lágrimas, Carmela decía:

—Si lograses comprenderme, Amaro!... ¡No veas crueldad en mi!... ¡Eres muy

niño aún para entender de amor! Porque te amo no quiero que vuelva á repetirse esto... ¡Nunca el amor ha muerto de hambre! Yo sé que me adoras, y deseo que continúes queriéndome: deseo ser para tí algo de tu misma vida. Tú aún sientes sed de mi amor, y despidiéndome ahora seré en tu existencia la más bella flor del recuerdo: algo siempre vivo, siempre lozano en tu alma...

Y huyó sin alzar rumores, con un silencio de sombra, como huyen las hadas en las leyendas...

XXVI

En la era, aún adormecidos, despedíanse de los señores de Amande los señores de Lousada. Un rapaz campesino tenía del ronzal las bestias donde estos señores irían hasta sus tierras. El bohemio estaba también allí, inmóvil, con su cítara á a espalda. La brisa de la mañana sacudía rabiosa su melena, deshilándola en bruscas acometidas. Llegó el momento de separarse. El pobre mozo sintió, allá adentro, un dolor muy hondo, desgarrante. Fué un segundo en el cual vivió toda una eterni-

dad de martirios. Humedeciéronse sus ojos con lágrimas amargas. Después, cerrando los párpados, estranguló aquellas lágrimas, abrasándose, con sus gotas hirvientes, el alma, al volverlas...

Carmela tendíale ya su mano blanca, olorosa, transparente. Estaba serena, mirándole con honda compasión:

—¡Adiós, Amaro!

El quiso responder. Pronunció otro adiós. Mas sus voces eran tan débiles, tan opacas, que murieron en los labios como el bronco gemido de una bordona que el aire trae desde lejos.

Al salir entráronse en el mismo camino. Los señores fueron por la derecha, hacia Lousada. El mancebo, al otro lado, hacia un allá desconocido. Clareaba el día. Era un amanecer de aldea, lleno de aromas, lleno de sonidos. Algún cantar desleía sus notas en la distancia. El romero caminaba... Caminaba sin volver la vista atrás...

En su imaginación brillaba como una luz triste el recuerdo de aquella pastora que por él gemía sobre las veredas, y como una luz poderosa el de la dama. Nunca se había hallado tan solo como entonces. Lloraba al caminar; pero sus lágrimas no eran ese rocío, consolador, de las almas tristes: eran lluvia ardiente, que más ataraza, que más tortura... Llegó al alto de una loma donde triscaba un rebaño de ovejas. Allí se detuvo, escudriñando toda la largura del camino. Vió tan sólo una línea ondulosa, extendida sobre la mancha amarillenta de los sembrados. Más allá umbría de bosques.... Más allá, montañas tras montañas, cada vez más desvanecidas, cada vez más azules...

De pronto, entre un claro del bosque, divisó una mancha blanca. ¡Era Carmela! Luego la vió desaparecer entre la espesura, como se ve entrar en la nada la existencia de un ser querido... Desde allí, los árboles

espesábanse, haciendo imposible entreverla nuevamente.

Suspirando, reanudó su marcha. Entonces comprendía la razón de Carmela. Y comprendía algo más: que la dicha había ya acariciado un momento de su existencia... ¿El recuerdo de aquel momento tendría fuerzas para embellecer los restantes?..

FIN

INDICE

	Páginas
Dedicatoria	6
Proemio	10
Capítulo I	17
II	21
III	27
IV	35
V	43
VI	47
VII	53
VIII	59
IX	63
X	69
XI	73
XII	79
XIII	83
XIV	91
XV	97
XVI	107
XVII	113

	Páginas
Capítulo XVIII	117
XIX	121
XX	127
XXI	135
XXII	141
XXIII	147
XXIV	159
XXV	163
XXVI	171

282524

LS
C 174c

Author Camba, Francisco

Title Camino adelante.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU